



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 47. — Madrid 15 de Octubre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. D. Isern. — *Vuelve Roque á exhibirse*, por Blas. — *Los grabados*. — *Ventilación de los edificios*, por D. J. A. Rebolledo. — *Nuestro honor*, por D. J. Selgas. — *Costumbres populares: San Pascual Bailón*, por D. Benigno Bolaños y Sanz. — *Una mujer fuerte* (continuación). — *Revista de conocimientos útiles*. — *Feroglífico*. — *Anuncios*.
GRABADOS. — *Una escuela libre*. — *Vista del combate de Trafalgar*.

REVISTA

COMO todas las cosas antiguas van cayendo en desuso, no es extraño que le haya tocado el turno de la decadencia al tradicional veranillo de San Martín, derogado por las conquistas de un invierno avan-

zado. Además, no puede sorprendernos que San Martín ande de capa caída, pues si él por caridad dió la mitad á un pobre, la revolución, por impía codicia, ha completado el despojo.

El frío de las calles es un estímulo para encender el fuego de los salones. Y este fuego no es tanto el que se consume en las grandes chimeneas de mármol, como el que consume los pequeños corazones de los vanidosos.

El calor de los teatros, el calor de los cafés, el calor de los salones... ¡Cuánto calor se siente en Madrid en el rigor del invierno!

Un solo calor está en baja; el calor del hogar doméstico.

Ya están los escaparates llenos de coronas fúnebres. Las flores amarillas y moradas se ofrecen á la vista en preciosas guiraldas como tributo de cariño á la memoria de los muertos.

Bien están las tristes flores de otoño sobre el frío mármol de los sepulcros; pero estas flores carecen de aroma, y es preciso saturarlas con el del incienso, que sube al cielo envolviendo las oraciones de los cristianos.

Una corriente de paganismo nos arrastra fuera de la comunión de los fieles, y se cree obsequiar á los muertos con las galas de los vivos, llevando á los cementerios el lujo de nuestra miseria, con la cual hacemos resaltar mejor la fealdad de la muerte.

Llegará la tarde de ánimas y sucederá lo que



UNA ESCUELA LIBRE.

Ayuntamiento de Madrid

todos los años; los cementerios llenos de un público que se distrae con cualquier espectáculo, por fúnebre que sea, y las iglesias poco menos que desiertas, acompañadas sólo de sus sacerdotes. Por la noche llenos todos los teatros, presenciando el impío drama de *Don Juan Tenorio*.

¿Es así como debe conmemorarse a los fieles difuntos? ¿De qué sirven las cintas y coronas si no van acompañadas de las oraciones y sufragios que la Iglesia tiene establecidas para las almas de los que emigraron de este mundo a las mansiones de la eternidad?

Menos coronas y más sufragios. La flor más hermosa y aromática que se puede depositar sobre el sepulcro de una persona querida es la oración de un alma cristiana.

En el Ayuntamiento de Madrid existe una especie de esfinge, como la que existió en tiempo del infortunado Edipo en las afueras de Tebas.

Posee un enigma, y el infeliz pasajero que no logra acertarlo, sucumbe víctima de su ignorancia y del inflexible rigor de la esfinge que se lo propone.

El marqués de Urquijo, que ha resuelto con singular fortuna tantos enigmas de la Bolsa y de la Banca, ha sucumbido ante la esfinge municipal, sin que le hayan valido ni sus relevantes prendas de honradez, ni sus relaciones sociales, ni sus millones, que es cuanto puede decirse.

El enigma del Ayuntamiento de Madrid se refiere a los Comisarios y puede formularse de este modo: ¿Cómo se explica que el tesoro municipal pueda filtrarse por las calles y paseos de la villa, cuando en su mayor parte viene a consumirse dentro de las Casas Consistoriales?

El Sr. Urquijo, ó no ha querido ó no ha podido resolver el enigma, y ha optado por presentar la dimisión de su cargo. Al dejar el bastón, ha entregado 12.000 duros para alimento de la esfinge.

No ha podido ser más benévolo con su verdugo.

¡Valiente tiene que ser el que se ofrezca a levantar el bastón que ha dejado el marqués de Urquijo!

Se citan muchos nombres, aunque creemos que estos nombres suenan sin anuencia ninguna de los interesados. La prensa pide a voz en cuello que se disuelva el Ayuntamiento, que sería indudablemente lo más recto y acertado; pero tan hondas raíces ha echado la esfinge, que no tienen nuestros Edipos la fuerza necesaria para arrancarla de sus guaridas.

Es preciso resignarse a ver caer nuevas víctimas, y entre ellas, los que en Madrid vivimos sometidos al rigor de la esfinge, encadenados como Prometeo a la roca de nuestra desventura.

La caída del marqués de Urquijo ha perni-quebrado al Gobierno.

Con motivo de los sucesos de París, los madrileños han dado evidentes muestras de patriotismo.

En estas manifestaciones se han distinguido las señoras, que han adornado sus tocados con los colores nacionales, protestando con cintas y flores de los silbidos y pedradas de los republicanos franceses.

No reprobamos la forma pacífica de la protesta; no hacen falta en estos momentos heroínas como la de Zaragoza, pero se nos ocurre preguntar: ¿Esas cintas y esas flores (suponiendo que fuesen éstas artificiales), esos trajes tan graciosos como patrióticamente adornados, ¿dónde se han confeccionado?

A buen seguro que todas ó casi todas tendrían que contestar: — En Francia.

Decimos mal; no tendrían qué contestar así obligadas por la fuerza de la verdad; contestarían así con satisfacción y orgullo, y aun es posible que algunas contestasen de ese modo, aun á despecho de la misma verdad.

¡En Francia! Sí, señoras, en Francia gastáis vuestra fortuna y no en nuevas invenciones para la industria ni para el comercio; sino en cintas, en encajes y en pingos, con cuyo botín regresáis de vuestros viajes veraniegos, más orgullosas que el emperador Guillermo del campo de Sedán.

Adornar un traje francés con atributos españoles, para protestar de los sucesos de París, es la más estúpida paradoja — y moderamos la frase — que puede caber en la cabeza de una mujer *comm'il faut*.

Y sin embargo, el hecho puede darse por histórico. ¿Cuántas señoras del gran mundo madrileño se visten en España? Y aunque se vistan, ¿cuántas confiesan esta *humillación*? Casi todas se honran con vestirse en Francia y son francesas en las ideas, en los sentimientos, en la lengua y en las costumbres. No tienen de España más que la cédula de vecindad y la partida de bautismo.

Vamos a proponer a las señoras que por su adhesión a las instituciones nacionales arden en estos momentos en indignación contra Francia, un medio de protesta tan sencillo como pacífico, tan patriótico como fecundo en resultados para España. Comprometerse todas a no gastar en diez años nada francés; ni en el vestido, ni en la casa, ni en la mesa... Que todo, absolutamente todo sea español.

¿A que no?

Si no hubiese otras muchas razones y de más peso, sólo el amor al arte debería bastar para hacernos refractarios a la cultura moderna.

Este siglo, que no ha construido en España más que puentes de hierro, confeccionados en Inglaterra: estaciones de ferrocarril, plazas de toros y teatros de pantomimas, complácese en dilapidar el patrimonio artístico de nuestros mayores, entregándolo al viento, como las cenizas de un hogar desamparado.

Con los tesoros que poseían en cuadros los conventos suprimidos se formó un *Museo Nacional* y en él, hacinados como leña vieja, hace treinta años que existen miles de cuadros preciosos, que un día fueron admiración de propios y extraños.

Pensando en remediar este mal, se dispuso la construcción de un gran edificio que sirviese de Museo y de Biblioteca nacionales; pero hace diez y seis años que se puso la primera piedra, y aunque las obras no se han suspendido, porque no convenía la suspensión a los arquitectos y sobrestantes, esta es la hora en que apenas ha salido de cimientos, y por las trazas, ni en todo el siglo que viene llegará a verse con tejado.

Los ministros de Fomento, observando sin duda la lentitud de las obras, han querido buscar otro remedio al hacinamiento de los cuadros, y en efecto los van repartiendo en los diversos edificios del Estado, con más ó menos profusión, como tropas alojadas en tiempo de guerra.

Poco a poco los cuadros irán dispersándose, y sucederá que cuando el edificio de Recoletos esté terminado, tendremos Museo y no tendremos cuadros, á menos que para entonces no se haga una nueva incautación en las iglesias de España, arrancándoles hasta los estandartes para cubrir con ellos los vastos muros del Museo Nacional.

Nada menos que 45 cuadros de asuntos militares acaban de enviarse al Ministerio de la Guerra para adornar las habitaciones reedificadas después del incendio del archivo. ¿Cómo se encontrarán los cuadros en el Ministerio de Fomento cuando van á guardarse en las oficinas del Ministerio de la Guerra?

¡Qué vergüenza para nuestro siglo! Los tesoros artísticos que reunieron los frailes, más apreciables para un pueblo culto que todo el oro de California, tirándose por la ventana, para que los recojan los extranjeros, codiciosos de nuestras glorias.

Fácilmente se hace un ferrocarril y se cubren de puentes de hierro todos los ríos de España; sin mucho trabajo se reforman las Constituciones políticas y se barajan todas las leyes civiles y penales; en poco tiempo se ensanchan calles, se pintan fachadas y se hacen palacios de escayola; pero en cambio, ¿cuántos siglos serían necesarios para recobrar todas las riquezas artísticas que se han perdido en nuestra patria, y cuánto trabajo para producir nuevas obras que puedan reemplazar a las que se han devastado?

Cuando el edificio que se construye en Recoletos para Museo Nacional se haya concluido, siguiendo las cosas como van, será preciso escribir sobre la puerta este letrero: « Esta casa se alquila. »

La inauguración del curso en la Universidad Central ha tenido este año singular interés para los católicos.

Tocabale el turno del discurso inaugural a la Facultad de Medicina, la cual, con laudable acierto, designó para representarla a su catedrático y secretario el Dr. D. Francisco Javier de Castro y Pérez, médico distinguidísimo por su acreditada práctica y por sus producciones científicas y literarias.

El Dr. Castro disertó en la solemnidad inaugural sobre el siguiente tema: « Entre la verdadera ciencia y la fe católica no han existido, ni existen, ni pueden existir jamás verdaderos conflictos. »

En el desarrollo de la proposición, así como en el exordio, el Dr. Castro se muestra tan buen filósofo como naturalista, dominando a un tiempo las ciencias morales y las físicas, y sobre todo, la antropología, campo predilecto de sus profundos estudios.

Pocas veces, desde hace quince años, han resonado en el paraninfo de la Universidad, dominado largo tiempo por los discípulos de Sanz del Río y del fraile apóstata D. Fernando de Castro, palabras más cristianas, expresadas con varonil elocuencia y

autorizadas con resplandores de un gran entendimiento, sólidamente educado en la verdad y en la polémica científica.

Para que nuestros amigos puedan gozarse con una muestra del discurso, copiaremos aquí un párrafo del exordio:

« ¡Dichoso aquel a quien se concede el precioso don de la sabiduría de todo aquello que necesita conocer para cumplir con su destino, y desgraciado del que, dejándose arrebatar por el impetuoso torbellino de la humana soberbia, pretende disputar al Eterno el excelso trono que ocupa, borrando del gran libro de la naturaleza el Santo nombre de Dios, por considerarle innecesario para la explicación de los misterios que por doquier nos rodean! *Eritis sicut Diu* decía el espíritu maligno a nuestros padres; *eritis sicut Diu*, repiten hoy con impotente orgullo ciertas escuelas filosóficas que pretenden el dominio absoluto de la razón, prescindiendo de la luminosa antorcha de la fe, única que puede guiarla por el tenebroso camino que al conocimiento de la verdad conduce; como justo castigo a tamaña temeridad, encontramos en el pasado, el terrible anatema fulminado por Dios contra la humanidad entera en el Paraíso; y en el presente, el caos, la confusión, la duda y el escepticismo más desconsolador que se advierte en ciertos filósofos; la falta de armonía y el más absoluto desconcierto en determinadas escuelas, recordando a nuestra mente la confusión de lenguas y dispersión del género humano como castigo al orgullo de Babilonia. »

Quiera Dios que las cristianas ideas del Sr. Castro se difundan en las aulas de Medicina, para que salgan de ellas médicos tan católicos como deben serlo los hombres de verdadera ciencia, cuyo destino es curar los males de la humanidad, conforme a los designios de la Providencia.

A la noticia de que el Gobierno está en crisis, todos los hombres políticos se conmueven, unos aterrados por el miedo de la cesantía, otros animados por la esperanza del empleo.

Años hace que están en crisis la religión, la familia, la propiedad, y sin embargo, la sociedad, á quien son necesarias estas instituciones, permanece impasible, viendo hundirse los templos, disolverse los hogares, perderse el respeto a la propiedad, sin que procure poner á salvo su vida, amenazada por la gran crisis que la revolución ha provocado en el mundo.

Las crisis ministeriales gozan el privilegio de interesar más vivamente al público. Son como una mudanza de tiempo, que interesa á los labradores, atentos siempre á los resultados de la cosecha. Sólo que estos labradores políticos no aran con la mano, sino con la lengua, y su campo de operaciones no es la tierra regada con el sudor del trabajo, sino el paladar saturado con las salsas de un buen cocinero.

En el momento de escribir estas líneas, la crisis no está resuelta. A la derecha y á la izquierda se encuentran peligros; y sin embargo hay que arrastrarlos, porque el camino que seguimos no tiene línea recta.

Ajenos á los sucesos políticos, nosotros sólo haremos constar, jugando con las palabras, puesto que al fin se trata de un juego, el juego de las instituciones, que en la presente crisis la política está ofreciendo un aspecto siniestro.

La *Gaceta* está publicando estos días los testamentos de los ministros dimisionarios. Las mandas son tan numerosas, que no caben en un protocolo. El ministro de la Guerra ha dado 55 ascensos á jefes inferiores; el de Fomento ha renovado hasta la plantilla de sus botas; el de Gracia y Justicia ha hecho danzar á una multitud de Jueces y Magistrados. La munificencia de los ministros ha sido extraordinaria; han querido dejar amigos que asistan á sus funerales.

Por lo regular todas las crisis vienen acompañadas de idénticas contradanzas. Ningún ministro quiere morir intestado. Pero cosa singular, con ser los hombres políticos padres de la patria, la pobre patria es la única que paga el pato. El patrimonio se va en mandas y la patria se queda desheredada.

Aun no se ha resuelto la crisis, y ya preguntan las gentes; ¿cuánto durará el nuevo Gobierno?

Cuando la fe política ha llegado á este punto de decadencia; cuando la opinión pública saluda á los Gobiernos con esta pregunta, ya puede afirmarse que el nuevo Gobierno, sea el que fuere, durará poco.

En política como en todo, la incredulidad y la desconfianza son enfermedades mortales.

NULEMA.

CRÓNICA



os atentados de París han producido efectos en cierto modo idénticos en Francia y en España. Su primera consecuencia fué en París la dimisión exigida por sus compañeros de Gabinete al general Thibaudin, que desde el Ministerio de la Guerra de la República contribuyó poderosamente á que se llevaran á cabo aquellos atentados.

En Madrid la negativa del Gobierno de la República francesa á dar las debidas satisfacciones ha producido una crisis ministerial que no se sabe cómo se resolverá en los momentos en que escribimos estas líneas.

Según los informes de la prensa periódica, el señor marqués de la Vega de Armijo cree que después de los atentados y de la actitud en que se ha colocado el Gobierno de la República francesa no queda más que una solución, y esta es retirar pública y solemnemente la embajada española de París. El Sr. Sagasta no se muestra partidario de tan radical resolución. Quisiera un temperamento menos comprometido, según frase que se le atribuye.

Nuestros padres no hubieran dudado un momento en el presente conflicto. La solución del Sr. Marqués de la Vega de Armijo es la española. Quizás por primera vez en su vida piensa el actual ministro de Estado como piensa la casi totalidad de los españoles.

Se ha dicho antes que los ministros de M. Grevy han obligado al general Thibaudin á presentar la dimisión. Esto ha irritado extraordinariamente á los radicales franceses, que se vengan haciendo una campaña violentísima contra M. Ferry, y contra España. Contra M. Ferry por haber exigido su dimisión á dicho general; contra España por haber pedido, según dicen, que se exigiera esa dimisión.

De M. Ferry afirman que ha arrastrado por el suelo el honor de Francia; que está vendido á los realistas, y que su cobardía le ha llevado á conceder al Gobierno español lo que le hubieran negado Suiza y Bélgica.

De España, que después de todo no ha pedido ni exigido la dimisión del general Thibaudin, como afirman los radicales, sino que M. Ferry se ha aprovechado de los últimos sucesos para despedirle de su lado, dicen que es una nación de Quijotes y que no tiene fuerza alguna.

Desgraciadamente los partidos han sumido á la patria en honda postración; pero la verdad es que aquí todavía no estamos tan mal que haya quien sea capaz de rendir al enemigo un ejército de 120.000 hombres con una plaza de primera clase sin disparar un tiro, como sucedió en Metz cuando la guerra franco-prusiana, ni ciudades de cuarenta mil almas como Nantes que se rindan á cuatro hulanos.

Aquí hay treinta ó cuarenta mil personas que son precisamente las que se ocupan en la política, que están en su inmensa mayoría moralmente estragadas y corrompidas. Pero el pueblo, singularmente el pueblo de los campos y de las pequeñas poblaciones, es todavía el mismo que humilló á principios de este siglo al vencedor de la Europa coaligada.

Triste es la situación de España entregada al furor de las banderías políticas; pero mucho más triste es la de Francia agitando en el borde de una nueva y universal Commune.

La Francia republicana se encuentra dividida en dos bandos que se hacen crudísima guerra. Capitea el uno, el de los menos radicales, M. Ferry, y le apoyan y secundan todos los hombres de alguna importancia del partido que capitaneó M. Gambetta, y el antiguo centro izquierdo, ó sean los que rodearon á M. Thiers en el último período de su vida pública.

Capitea el otro bando M. Wilson, yerno del Presidente de la república, secundado por el general Thibaudin y por M. Freycinet que de republicano moderado que era se ha pasado ahora en alas de su ambición á las filas en que figuran Clemenceau, Laisant y Rochefort.

M. Julio Grevy apoya resueltamente á su yerno, y por esto M. Ferry y sus órganos en la prensa no perdonan al Presidente de la república en los ataques á sus adversarios.

La prensa radical ha publicado últimamente un suelto colectivo en que declara traidores á la patria á M. Ferry y á sus colegas de Gabinete, é indica los principales recursos á que sus hombres apelarán para derribar el ministerio y sucederle en las esferas del gobierno. En dicho suelto se indica que M. Ferry conspira con el general Gallifet para entronizar al señor Conde de París.

La caída de M. Ferry tardará en ser un hecho lo que tarden en reunirse las Cámaras. Unidos en la Cámara de diputados los radicales, los amigos de

M. Grevy y de M. Freycinet con las derechas monárquicas, derrotarán al ministerio en la primera cuestión que se discuta, que será probablemente la de la dimisión exigida por M. Ferry al general Thibaudin.

En el ministerio que se forme entrarán seguramente socialistas como Clemenceau y varios directores de la Commune de París.

El paso que va á dar la república francesa, será, como se ve, considerable. Pi y Margall al lado de los futuros ministros de M. Grevy es reaccionario.

Mientras Francia vive así entregada á las locuras de algunos centenares de energúmenos, Alemania va curándose poco á poco las heridas que en su constitución interior ha abierto el liberalismo y en sus clases proletarias ha causado el socialismo.

Varios hechos recientes prueban que el socialismo decrece en vez de aumentar, como aumenta en Francia, en Italia, en Bélgica, en España. En un distrito en que los socialistas desplegaban grandes fuerzas, acaba de ser derrotado su candidato por un candidato conservador enérgicamente apoyado por los católicos. El número de electores que han presentado en batalla es muy inferior al que presentaron en anteriores elecciones.

Bismarck por su parte no descansa, y sigue trabajando en la obra de sus proyectos de reforma social y económica.

Como al fin se ha convencido de que estos proyectos sólo pueden ser elevados á leyes con el apoyo del Centro católico, introduce en ellos reformas que los hagan aceptables para los hombres de este partido.

Los católicos por su parte no se dan un momento de reposo. Apenas terminada la asamblea de Dusseldorf, en que tan trascendentes cuestiones se han tratado y tan admirables ejemplos de fraternidad cristiana se han dado al mundo, han reunido la asamblea de los obreros católicos de Westfalia, en la cual han estado representadas todas las sociedades de obreros católicos de aquella región.

Pasa de mil el número de representantes de estas sociedades que han asistido á las sesiones de esta asamblea.

Tres resoluciones han adoptado los obreros de Westfalia.

Han aceptado unánimemente, entre atronadores aplausos, los acuerdos tomados por la asamblea de Dusseldorf, dando así nueva prueba de la admirable unión que existe entre los católicos alemanes.

Han declarado su propósito de llevar adelante la reorganización de los antiguos gremios, con las reformas en su organización que exigen las circunstancias de la época moderna, en que de hecho, imprescindiblemente, viven los obreros que han de constituir estos gremios.

Han afirmado solemnemente que siguen tan unidos como siempre al Centro católico, y que como ciudadanos seguirán trabajando por la libertad de la Iglesia dentro de los términos que señala á esta libertad la Constitución fundamental del imperio.

Han asistido á las sesiones de esta asamblea varios diputados católicos por Westfalia, y en la última sesión ha pronunciado un elocuentísimo discurso sobre las cuestiones sociales y económicas que preocupan al mundo, el Sr. Schorlemer Alst, que fué extraordinariamente aplaudido.

Su tesis ha sido la siguiente: — «Practicad el precepto del Decálogo, amad al prójimo como á vosotros mismos, y estas cuestiones dejan de serlo.»

La peregrinación de los sacerdotes italianos al Vaticano ha tenido digno complemento con la de los seglares, en la que han tomado parte ocho mil fieles de las diversas provincias de Italia y diez y ocho mil de los antiguos Estados Pontificios, y singularmente de Roma.

La recepción tuvo lugar el día 8 de los corrientes en la Basílica de San Pedro, que desde las primeras horas de la mañana estuvo cerrada para el público.

Se presentaron varios mensajes al Papa, pero el de los directores de la peregrinación atrajo singularmente la atención de todos por la valentía con que está escrito. En él se afirma resueltamente que, hoy como ayer, Italia es la tierra predilecta de los Papas.

Contestando á este mensaje dijo el Papa que los adversarios de la Iglesia presentan al Papa como enemigo de Italia, cuando precisamente los Romanos Pontífices han sido siempre para Italia fuentes de vida y de constantes beneficios. Atacan el poder temporal, pero sus principales tiros van dirigidos contra el poder espiritual, que han logrado despojar de sus garantías de independencia.

Quisieran más todavía, dijo León XIII; quisieran arrancar al pueblo italiano la fe católica. Por esto de-

clararon últimamente que la ocupación de Roma fué sólo el primer paso en la senda de la emancipación del yugo sacerdotal.

Terminó el Padre Santo exhortando á los fieles á trabajar para conjurar los males que los adversarios de la Iglesia preparan á Italia, para la reivindicación de la libertad de la Iglesia y la reintegración del Romano Pontífice en la soberanía temporal, que le es necesaria para el libre ejercicio de su ministerio espiritual.

Al terminar la recepción, como al empezar, el Padre Santo fué calurosamente vitoreado por la muchedumbre inmensa de peregrinos postrados á sus pies.

D. ISERN.

VUELVE ROQUE Á EXHIBIRSE



is lectores recordarán que tengo un sirviente, y que este sirviente es, no sólo antiguo, sino viejo.

No tiene él, á decir verdad, la culpa de ser viejo ni de ser antiguo.

Es viejo porque nació demasiado pronto, y es antiguo en mi casa, por la misma razón que mi casa es antigua en mi barrio... Pero eso no hace al caso.

También recordarán ustedes que este criado viejo, que tiene por nombre Roque, es algo rudo, algo socarrón, algo malicioso, muy leal, muy honrado... pero también algo tocado de la manía de la época, es decir, algo intemperante en el hablar.

Ustedes le conocieron precisamente en uno de sus accesos de intemperancia, y saben que le retiré del escaparate de la publicidad por esta causa.

Desde entonces anda el pobre Roque muy aliado, ensimismado y melancólico.

— ¿Estás enfermo? — le he preguntado alguna vez, viéndole en tal estado.

— No, señor, gracias á Dios — me ha contestado lacónicamente, y no ha vuelto á desplegar sus labios, sino para decir lo absolutamente preciso en nuestras mutuas relaciones domésticas.

Sin embargo, de algunos días á esta parte había notado en él ciertos conatos de locuacidad, que eran bruscamente reprimidos al dirigirle yo una mirada acompañada de una sonrisa burlona, que le recordaban el cumplimiento de sus deberes de sobriedad en el hablar.

Por ejemplo, entró una mañana en mi alcoba á la hora de vestirme, y después del acostumbrado saludo, se entabló entre nosotros un diálogo parecido á este:

— Señor, estas medias son de poco abrigo para el tiempo fresco en que estamos.

— Tienes razón, son algo finas.

— Es decir, que ni sirven para el verano ni para el invierno.

— No te entiendo.

— Digo que en tiempo de calor abrigan demasiado, y en tiempo de frío abrigan muy poco... Todas las cosas francesas son así, y sinó, ahí tiene usted lo que está pasando con la...

— ¡Roque!..

— Perdóneme usted, señor; ha sido sin querer.

— Vengan las zapatillas.

— Aquí están, y por cierto que hay que reemplazarlas.

— En verdad que están algo deterioradas, y eso que las compré hace poco tiempo y me pareció el tañete excelente.

— Desengáñese usted, esta clase de zapatillas francesas son como todo lo de aquel país: mucha apariencia y poco fuste... Y quien dice las zapatillas, dice los zapatilleros; y quien dice Francia, dice los franceses...

— Y quien dice majaderías, dice majaderos como tú, le interrumpí.

— Usted perdón...

— A ver, el pantalón... el chaleco... la bata... Bien está. Puedes servirme el chocolate.

Salió Roque cabizbajo, para cumplir mis órdenes, y volvió diez minutos después, trayéndome el desayuno, que me sirvió en la misma mesa de mi despacho.

Empecé á tomar el chocolate con tostadas de manteca, según mi costumbre de toda la vida, y apenas lo probé, dije á mi sirviente:

— Esta manteca parece distinta de la que me trae ordinariamente.

— ¿Es tal vez que no le gusta al señor? — me preguntó.

— Al contrario, la encuentro más agradable.

— Es de Asturias, y de la superior.

— Será más cara, pero no importa; me gusta más que la otra.

— Pues es más barata; la otra era *insigne*, y me han dicho que es algo indigesta.

— ¿Y qué es eso de *insigne*?

— No sé más sinó que quiere decir *de extranjería*.
 — Ahora lo entiendo menos.
 — Pues quiere decir manteca fresca de barro *insigne*.
 — ¿Qué desatinos estás diciendo?
 — Pues señor, así lo reza el rótulo: *Barro fino de Insigne*.
 — Pues si dice eso el rótulo, dice una barbaridad.
 — Ya me figuraba yo que siendo cosa francesa, sería, como todo lo francés, una barbaridad.
 — ¡Roque! ¿Volvemos otra vez á los franceses? — le interrumpí con ademán severo.
 — ¡Ojalá que volviéramos!
 — ¿Qué quiere decir esa exclamación?
 — Que aunque soy más viejo que Matusalén, no me pesaría volver contra los franceses... Aun recuerdo que murió mi padre en la batalla de Cabezón...
 — Déjate de batallas y explica eso de la *manteca insigne*, que me tiene con curiosidad.
 — No puedo decir más que lo que el señor ha oído; pero ahora lo verá más claro...
 Salí Roque y volvió un momento después, presentándome un papel grasiento, en el que se leía:
Beurre fin d'Insigne.
 Al verlo no pude menos de soltar una carcajada.
 — ¿Sabes, le dije, que podrías solicitar una plaza de traductor de francés en cualquier periódico español?.. Esa etiqueta dice: «Manteca fina de Insigne...» Esos son los *barros* y los *insignes* que tú leías.
 — ¡Válgame Dios! ¿Quién había de suponer semejante cosa?.. Mala idea he tenido yo siempre de los franceses, pero nunca me pude figurar que llamasen *barro* á la manteca y que...
 Aquí se detuvo Roque y me miró de una manera particular. Conoció que el pobre viejo deseaba decir algo; tuve compasión de él y le dije con dulzura:
 — Estás reventando por hablar... Habla, con dos mil de á caballo, y acaba de una vez.
 — Muchas gracias, señor — contestó respirando con fuerza, como si le quitasen un gran peso de encima. — Tenía gana desde hace muchos días, ¿por qué negarlo? de desahogar la bilis que me corre por dentro, al considerar el insulto que los gabachos...
 — Cuidado, Roque, con las palabrotas poco cultas...
 — Pues bien, retiro lo de *gabachos* por no parecer tan inculto como ellos, pero déjeme usted llamarlos *franchutes*.
 — Sea como quieras; con tanta más razón, cuanto que los autores de ese insulto á que aludes no representan á los verdaderos franceses, sino á una parte, la más abyecta, del populacho parisien.
 — ¡Ay, mi amo! Sobre eso habría mucho que hablar; pero dando de barato que las turbas que hicieron tan bárbaro ultraje á una nación amiga, en la persona del jefe del Estado de esa misma nación, no deban ser consideradas como francesas, me parece á mí que alguna responsabilidad alcanza á los *franceses auténticos*, y sobre todo, al Gobierno *original francés*, que no ha sabido prevenir esos excesos, ó castigarlos y reprimirlos en el momento de estallar. ¿O es que en Francia no hay franceses? ¿O es que los franceses de Francia no tienen Gobierno francés? ¿O es que el Gobierno *francés de Francia* no tiene fuerza para imponerse á ese otro poder sendo-francés que aulla y vocifera en la vía pública?
 — No exageres, hombre; el Gobierno de la república francesa no ha podido prever ni impedir lo que pasó en París á la entrada de D. Alfonso; pero tuvo, inmediatamente después de los sucesos, un arranque de virilidad que le honra.
 — Pues ¿qué hizo ese Gobierno después de los desmanes del populacho?
 — ¿Qué hizo? Apresurarse á lamentarlos. ¿Qué otra cosa puede hacer un Gobierno republicano?
 — No me conformo, señor, con esas lamentaciones...
 — Además, el presidente de la república dió la debida satisfacción á D. Alfonso en presencia de los ministros y altos funcionarios...
 — Ya lo he leído en los papeles públicos; pero también he leído que esa satisfacción no ha *satisfecho* á nadie: ni á los demagogos, porque la juzgan excesiva, ni á los hombres de orden, porque la creen insuficiente.
 — Pero no te haces cargo de que en el gobierno republicano hay que transigir con la demagogia y halagar á las clases conservadoras.
 — Ya lo entiendo: encender una vela á San Miguel y otra al diablo.
 — No te canses, Roque, ni echas sobre el Gobierno francés la responsabilidad del hecho lamentable, ni sobre las masas intransigentes la responsabilidad del hecho lamentado. Todos, Gobierno y gobernados han estado en su lugar y han hecho lo

que debían hacer bajo su respectivo punto de vista.
 — ¿Lo dice usted con formalidad?

— Digo que las masas turbulentas y salvajes que agravaron con sus manifestaciones *naturalistas*, no solamente á España, sino á todos los reyes y á todos los países cultos, han obedecido á sus instintos anárquicos, como el Gobierno que ha consentido esas manifestaciones ha obedecido á sus instintos republicanos. Esas masas son dignas de ese régimen político: ese Gobierno es digno de ese pueblo; ambos se completan.

— Bien; pero yo digo que ese Gobierno es, además de débil, hipócrita...

— La frase es dura.

— Una de dos: ó ha aplaudido ó ha condenado esa manifestación. Si la ha aplaudido, ha debido tener el valor de sus convicciones y no presentar excusas vergonzantes para explicarla. Si la ha condenado, ha debido dar satisfacciones más amplias y más públicas á la nación ofendida. Al buen pagador no le duelen prendas.

— Esa lógica podrá ser la lógica de Roque, pero no es la lógica de los gobiernos republicanos. Ya te he dicho que el presidente de la república francesa ha declarado...

— Sí, señor; que los autores del insulto son esto y lo otro y lo de más allá; pero si reconoce que han faltado á las leyes civiles y á las de la decencia pública, ¿por qué no los castiga?

— Será tal vez porque no sabe quiénes son.

— Vamos, ya entiendo; dirá que los alborotadores *no han sido habidos*...

— Yo no sé lo que dirá; pero si no los encuentra y los castiga, tanto peor para él, que el día en que menos lo piense será á su vez castigado por esas mismas turbas, que ya han aprendido á subírsele á las barbas. Todo es consecuencia del sistema, amigo Roque. Así es que de ese pueblo se puede decir, parodiando un refrán castellano: dime qué desenfreno gozas, y te diré qué república tienes.

— Ahora vamos á otra cosa, amo mío...

— Ea, basta de charla internacional. Retira ese servicio, vete á tus quehaceres y déjame tranquilo, que tengo que escribir el artículo para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

BLAS.

LOS GRABADOS

UNA ESCUELA LIBRE

Entre las libertades que proclama la revolución, ocupa lugar preferente la libertad de enseñanza, la libertad de las escuelas.

En Francia esta libertad ha llegado al extremo de decretarse la clausura de las escuelas cristianas; lo cual prueba que la libertad de enseñanza es como todas las libertades, una odiosa tiranía.

Pero no es este el único fruto de la libertad de enseñanza; hay otro que debe consignarse, y es el de acabar con toda disciplina escolar, y lo que es su consecuencia, con la enseñanza misma.

La *escuela libre*, institución de la *ciencia nueva*, es el desorden, porque los muchachos, inclinados por naturaleza al mal, se aprovechan de la libertad que se les concede, y atropellando la autoridad del maestro, convierten la escuela en un campo de Agramante.

Sin la autoridad no hay enseñanza posible, y la escuela libre es la escuela anárquica, como el gobierno liberal es el desgobierno de los pueblos.

Nuestro grabado representa el cuadro de una escuela libre, libre en toda la extensión de la palabra, libre á despecho del maestro y con no mucho fruto de la enseñanza primera.

No defendemos ahora ni puede ser en todo defendible, el antiguo rigor escolar de los extinguidos *dómines*; pero la misma palabra está demostrando que la base de su régimen disciplinario era el respeto de los discípulos, y que gracias á este régimen llegaron á formar generaciones de sabios.

Condensamos en una frase la explicación del grabado: "La escuela libre es la escuela de la ignorancia."

VISTA DEL COMBATE DE TRAFALGAR

Librado el 21 de Octubre de 1805.

Ahora que se discute tanto la conveniencia de mantener á todo trance nuestras buenas relaciones con Francia, se nos ha ocurrido la idea de conmemorar una de las páginas más elocuentes y terribles de la historia de nuestras amistades con los revolucionarios franceses: la página de Trafalgar.

En virtud del tratado de París de 4 de Enero de 1805, entre el ministro de Napoleón, Decres, y el embajador de España, Gravina, el Gobierno de Carlos IV, ó más bien del favorito Godoy, puso á disposición de Francia todas sus fuerzas navales, que eran á la sazón de las más considerables de Europa.

Propúsose Napoleón dar un golpe de mano á Inglaterra, para evitar sus manejos en favor de una alianza contra Francia, y al efecto ordenó que las escuadras aliadas de España y Francia simulasen una expedición á las Antillas, para que corriendo en su seguimiento Nelson, dejase desamparadas las costas de la Gran Bretaña. Así sucedió; pero el carácter irresoluto y apático del almirante francés Villeneuve malogró la estratagema, teniendo que refugiarse en Cádiz la escuadra aliada, donde dió tiempo á los ingleses para aperebirse al combate.

Disgustado Napoleón del almirante, decretó su relevo, y Villeneuve, en un arranque de desesperación, contra el parecer de los españoles, se decidió á dejar el puerto de Cádiz el 19 de Octubre con 33 navios, 5 fragatas y 2 bergantines. A la mañana siguiente se descubrió la escuadra inglesa, que contaba con fuerzas casi iguales, pero con grandes ventajas de disciplina, movilidad y dirección.

Nelson dirigió á su escuadra una arenga digna de un lacedemonio: "Inglaterra, dijo, espera que cada uno cumplirá con su deber."

Al rayar el alba del 21 de Octubre, dió principio el ataque, que muy pronto se extendió á todas las naves, trabándose una de las batallas navales más terribles que se han conocido en la historia. El almirante francés estuvo desahogado, desoyendo los consejos de los marineros españoles, los cuales hicieron prodigios de valor, dignos de una epopeya. El resultado fué la derrota de la escuadra aliada, de rot que costó á Inglaterra la vida del gran Nelson.

Villeneuve fué hecho prisionero, y España perdió á Churrua, Galiano, Alcedo, Moyúa y Castaños. El almirante Gravina murió también en Cádiz de resultas de las heridas.

La historia, al hablar de la batalla de Trafalgar, ha dado á España el premio merecido, calificándola de una gran victoria, malograda por la conducta del almirante francés. En ella perdimos en obsequio del honor, que quedó á gran altura, casi toda nuestra marina, víctima de la ambición francesa.

Tres años después nos pagó Francia el sacrificio con los fusilamientos del 2 de Mayo y los estragos de la guerra de la Independencia.

La batalla de Trafalgar es una página elocuente en la historia de nuestras amistades con Francia.

Que se inspiren en ella nuestros Gobiernos, para que no tengamos que lamentar nuevos desastres.

VENTILACIÓN DE LOS EDIFICIOS

I

IMPORTANCIA DE LA VENTILACIÓN

TODOS los seres vivos necesitan aire para vivir y es imposible la salud y hasta la vida en el hombre que respira por mucho tiempo un aire viciado. Ejemplos numerosos comprueban ambos asertos y nos bastará citar algunos casos notables, entre muchos que podríamos presentar, para conocer toda la importancia del aire en las funciones de la vida humana.

Después de la batalla de Austerlitz encerraron en un estrecho sótano sin ventilación 300 prisioneros austriacos, y á la mañana siguiente habían perecido por asfixia 260.

En 1857 se publicó en Inglaterra un informe oficial en el que se consignaba que la mortalidad en el ejército inglés era anualmente de 17,5 por 1.000 soldados, mientras que en la población civil apenas llegaba á 9,2 por 1.000 hombres, siendo las causas principales de esta mortalidad el hacinamiento de los soldados en los cuarteles y la falta de ventilación de éstos. El ministro de la Guerra *tomó inmediatamente* las medidas necesarias para la transformación higiénica de los cuarteles, estableciendo un sistema de ventilación (sistema de Douglass-Galtón) con unos orificios para la admisión del aire puro y otros para la extracción del viciado, y fueron tan notables los resultados obtenidos, que la mortalidad ha descendido de 17,5 por 1.000 en 1857, á 7,7 en 1876, y las muertes producidas por las fiebres se redujeron de 12,53 á 1,69 por 1.000.

En Gibraltar, donde la mortalidad llegaba á 21,4 por 1.000, se ha conseguido por el mismo procedimiento reducirla á 5,5, y en la India inglesa, donde llegaba en 1849 á la enorme proporción de 69 por 1.000, no excede actualmente de 18,5.

Si tan terribles efectos produce la falta de ventilación en organismos vigorosos y en la época de mayor energía en la vida humana, ¿cuánto más funestos serán tratándose de niños hacinados en escuelas sin ventilación, donde pasan gran parte del día; de enfermos que á veces se aglomeran en hospitales mal acondicionados; y en general de las personas delicadas que pasan diariamente cuatro ó más horas en locales cerrados, sin que el aire se renueve, respirando unos el aliento de los demás ó el producto nocivo de la combustión de las luces, con un calor tropical que contrasta con el frío exterior, como sucede en general en los teatros, cafés y otros centros de reunión de Madrid?

Cuestión sumamente compleja es sin duda alguna la determinación de las causas preponderantes en la mortalidad de una población dada, puesto que en tal resultado influyen de una manera eficaz las condiciones orgánicas y la resistencia de la raza que la habita, la abundancia y calidad de sus alimentos, el régimen de vida adoptado por la generalidad de sus habitantes, las condiciones del clima y muy especialmente las cualidades del aire que se respira; pues

1 *Anales de la Construcción y de la Industria*.

2 Edwin Chadwick, Public Health. 1877.

siendo de todo punto necesario esta función de una manera permanente y continua para el sosten de la vida, su influencia podrá no ser muy perceptible en un plazo breve, pero es indudablemente eficazísima al cabo de algún tiempo para la conservación de la salud y hasta la existencia.

Podrá formarse una idea de las condiciones higiénicas de las dos poblaciones más importantes de España examinando el adjunto cuadro, referente al trienio de 1880 á 1882, cuyos datos se han sacado de la excelente *Estadística demográfico-sanitaria* que publica el Ministerio de la Gobernación y que comprende este período de tiempo. Con los nacimientos y defunciones totales consignamos las que de las últimas se han originado por tifus y fiebres de todas clases y por tisis y enfermedad de los órganos respiratorios, en cuyas afecciones entra por causa muy principal la falta de pureza del aire respirado.

Año de 1880.

	Naci- mientos.	Defun- ciones.	Por ti- fus y fiebres.	Por tisis y enferme- dad de los órganos respirato- rios.	Propor- ción anual de las defun- ciones por 1.000 ha- bitantes.
MADRID 395.000 habs.	14.577	15.908	1.178	3.450	40.26
BARCELONA 248.000 habs.	7.576	7.597	456	1.833	30.40

Año de 1881.

	Naci- mientos.	Defun- ciones.	Por ti- fus y fiebres.	Por tisis y enferme- dad de los órganos respirato- rios.	Propor- ción anual de las defun- ciones por 1.000 ha- bitantes.
MADRID 396.000 habs.	14.847	14.826	818	4.724	37.44
BARCELONA 249.000 habs.	7.574	7.259	420	1.726	29.15

Año de 1882.

	Naci- mientos.	Defun- ciones.	Por ti- fus y fiebres.	Por tisis y enferme- dad de los órganos respirato- rios.	Propor- ción anual de las defun- ciones por 1.000 ha- bitantes.
MADRID 396.000 habs.	15.245	18.196	994	6.175	46.12
BARCELONA 249.000 habs.	7.649	8.375	490	2.096	33.63

Del examen de este cuadro se deduce que la mortalidad media anual en Madrid por 1.000 habitantes es de 41,27 y la de Barcelona no excede de 31,07; pero además es muy digno de consideración el hecho de que de las 48.930 defunciones que hubo en el trienio en el primer punto hubiera 17.339 por las enfermedades anotadas, lo que corresponde á 35,44 por 100, mientras que en la segunda población fueron tan sólo el 30,22 por 100. Esto nos dice, no sólo que la mortalidad de Madrid es mucho mayor que la de Barcelona, sino que también lo es la ocasionada por enfermedades en que influye notablemente, entre otras varias causas ya citadas, el estado de mayor ó menor pureza del aire que ordinariamente respiran sus habitantes.

Pero cuando la mortalidad de Madrid aparece de un modo aterrador es comparándola con la de otras capitales importantes del centro y Occidente de Europa, según puede apreciarse por los siguientes cuadros, sacados de la *Estadística* ya citada.

1880.

POBLACIONES.	NÚMERO DE habitantes.	NACIMIENTOS.	DEFUNCIONES.	PROPORCIÓN anual de las defun- ciones por 1.000 ha- bitantes.
Londres....	3.642.000	118.332	78.777	21,63
Glasgow....	584.000	18.119	12.839	21,92
París.....	1.989.000	50.687	55.996	28,15
Lyon.....	343.000	6.674	7.843	22,87
Amsterdam..	309.000	9.629	7.393	23,92
Berlin.....	1.079.000	32.786	26.331	24,40
Viena.....	741.000	23.263	15.277	20,89
Bruselas....	403.000	12.781	9.017	22,37

1881.

POBLACIONES.	NÚMERO DE habitantes.	NACIMIENTOS.	DEFUNCIONES.	PROPORCIÓN anual de las defun- ciones por 1.000 ha- bitantes.
Londres....	3.747.000	110.724	67.621	18,05
Glasgow....	551.000	15.282	10.937	19,85
París.....	1.989.000	52.406	49.925	25,10
Lyon.....	343.000	5.334	5.674	16,54
Amsterdam..	317.000	7.536	4.863	15,34
Berlin.....	1.111.000	28.381	19.739	17,77
Viena.....	738.000	18.123	13.215	17,91
Bruselas....	403.000	11.739	8.152	20,23

1882.

POBLACIONES.	NÚMERO DE habitantes.	NACIMIENTOS.	DEFUNCIONES.	PROPORCIÓN anual de las defun- ciones por 1.000 ha- bitantes.
Londres....	3.892.000	133.345	82.921	21,31
Glasgow....	514.000	19.267	12.952	25,20
París.....	2.233.000	62.435	58.684	26,28
Lyon.....	360.000	6.888	7.115	19,76
Amsterdam..	332.000	8.322	5.450	16,41
Berlin.....	1.400.100	36.665	26.141	22,93
Viena.....	736.000	22.099	17.011	23,11
Bruselas....	403.000	11.578	7.576	18,80

Determinando el promedio de la mortalidad por 1.000 habitantes en las poblaciones y en el plazo á que se refieren los cuadros anteriores, resulta:

Londres.....	20,23	Berlin.....	21,70
Glasgow.....	22,32	Viena.....	20,64
París.....	26,51	Bruselas.....	20,47
Lyon.....	19,72	Barcelona.....	31,07
Amsterdam.....	18,56	Madrid.....	41,27

Madrid, cuyo cielo puro y despejado tanto se alaba, es sin embargo un foco de muerte, donde fallecen con respecto á la población doble número de personas que en Viena, más que doble que en Londres, Lyon, Amsterdam y Bruselas, y más que vez y media que en Berlín y en París, que es la capital más mortífera del centro y Occidente de Europa. Y si aparece en una proporción tan desfavorable la capital de Francia en los cuadros anteriores, la causa la expone con toda lealtad el Maire del Havre al hacer traducir una obra inglesa ¹ diciendo: «tandis que nos voisins les Anglais y prètent depuis longtemps une grande attention, nous sommes restés, à cet égard, fort en arrière en France.» ¡Qué diría si hubiera tenido que referirse á España!

Tiempo es ya de que nos ocupemos en nuestro país en cuestión de tal trascendencia.

Es indudable la influencia que ejerce la falta de pureza del aire respirado en la mortalidad general de las poblaciones, pero donde su acción se hace del todo evidente es cuando se trata de personas que permanecen por bastante tiempo en locales limitados y cuya ventilación es más ó menos imperfecta. Si la estancia es transitoria, como en salones de recepción, teatros, etc., etc., el efecto, aunque siempre pernicioso, es pasajero, si bien ocasiona una incomodidad y malestar tales, que como dice el eminente arquitecto Violet-le-Duc, «ahoga el encontrarse en medio de una atmósfera viciada por el aire caliente de los caloríferos, por las luces, la absorción de oxígeno y el desprendimiento de ácido carbónico. La ventilación es en tales casos una de las graves cuestiones que hay que resolver.»

Los locales donde se hace más perceptible la influencia de las cualidades del aire, son los hospitales, hospicios, cárceles, etc., en los que la permanencia es continua por un tiempo más ó menos largo, y las condiciones físicas y morales de las personas que los habitan son siempre desfavorables. Se ha observado en esta clase de edificios que cuando se ha establecido un sistema de ventilación adecuado, se reduce la mortalidad que antes había á una mitad y aun menos en muchas ocasiones; y tan favorables resultados se alcanzan, cualquiera que sea el sistema regional que se elija entre los que constituyen los dos grupos llamados *ventilación artificial y natural*, en que nos ocuparemos después.

Esto no obstante, los resultados obtenidos son siempre favorables á la ventilación natural, según puede verse en el siguiente cuadro de mortalidad de los hospitales generales de París, referente al decenio de 1860 á 1869.

HOSPITALES ventilados artificialmente.	HOSPITALES ventilados naturalmente.
Necker..... 100 muertos. 942 enfermos.	Saint Antoine... 100 muertos. 1.116 enfermos.
Lariboisière... 100 muertos. 944 enfermos.	Hôtel-Dieu... 100 muertos. 1.166 enfermos.
Beaujon... 100 muertos. 1.050 enfermos.	Pitié..... 100 muertos. 1.188 enfermos.
MEDIA.... 100 muertos. 978 enfermos.	Cochin..... 100 muertos. 1.236 enfermos.
	Charité..... 100 muertos. 1.418 enfermos.
	MEDIA.... 100 muertos. 1.224 enfermos.

Comparemos estos números con los obtenidos en el hospital general ó provincial de Madrid á cuyo fin se inserta el adjunto cuadro detallado, durante los años que se expresan:

¹ Teale, Dangers au point de vu sanitaire des maisons mal construites.

HOSPITAL PROVINCIAL

Movimiento de enfermería durante los ocho años que á continuación se expresan.

HOMBRES.					
Años.	Quedaron.	Entrados.	Curados.	Muertos.	Existen.
1874	430	6.237	5.335	934	398
1875	398	5.356	4.489	857	408
1876	408	5.108	4.298	849	369
1877	369	5.413	4.537	880	365
1878	365	6.987	5.882	1.068	402
1879	402	7.585	6.323	1.101	563
1880	563	8.029	6.677	1.301	614
1881	614	7.898	6.716	1.204	592
	3.549	52.613	44.257	8.194	3.711

MUJERES.					
Años.	Quedaron.	Entradas.	Curadas.	Muertas.	Existen.
1874	470	6.328	5.575	719	504
1875	504	5.520	4.827	770	427
1876	427	5.335	4.544	779	439
1877	439	5.138	4.301	803	473
1878	473	5.930	5.060	893	450
1879	450	6.508	5.453	977	528
1880	528	6.648	5.571	1.035	570
1881	570	6.490	5.584	970	506
	3.861	47.897	40.915	6.946	3.897

Del examen del cuadro anterior se deduce que la relación media general entre los muertos y los enfermos en nuestro hospital, es de $\frac{100}{670}$, lo que nos dice que la mortalidad es vez y media la que tendría lugar si se estableciera una ventilación artificial y doble de la que se ocasionaría adoptando una conveniente ventilación natural, tomando por término de comparación los hospitales generales de París. Como la mortalidad media anual es en el establecimiento que nos ocupa de más de 1.892, resulta que la adopción de un buen sistema de ventilación puede reducirla á menos de la mitad, lo que representaría cada año más de mil existencias salvadas, que hoy se pierden á causa de una negligencia inexplicable y que reclaman pronto y eficaz remedio.

Si se estudiara esta cuestión con referencia á otros establecimientos de índole y condiciones análogas á las de los hospitales, como asilos de beneficencia, cuarteles y otros, obtendríamos próximamente los mismos resultados; pero no creemos necesario insistir más acerca de este punto, considerando suficientes los datos presentados y las consecuencias deducidas para dar á conocer la importancia que entraña una conveniente ventilación en los edificios.

J. A. REBOLLEDO.

(Se continuará.)

NUESTRO HONOR

Al desembocar en los alegres tiempos en que vivimos, bien podemos decir como Francisco I después de la batalla de San Quintín: «Todo se ha perdido menos el honor;» porque, sea como quiera, merced á un curiosísimo contraste de nuestras costumbres, podemos vivir sin vergüenza, y aun cabe que lleguemos á no poder vivir de otro modo; mas échese la cuenta, y sacaremos en limpio que sin honor no nos es permitido dar un paso en la vida, y ¡en que ocasión! precisamente cuando la locomotora del progreso nos obliga á caminar á escape.

Claro está, que para el caso crítico en que se encuentra la dignidad humana de nuestros días, nos ha sido preciso crear un honor á propósito, un honor *ad hoc*, circunstancial, que nos permita envilecernos honrosamente á los ojos del mundo que nos rodea. Especie de hipoteca que inscribimos en el registro público como garantía de la consideración que se debe al desorden de nuestras costumbres, al usufructo de nuestros vicios, y más de una vez título respetable que autoriza el modo de buscarse la vida, establecido entre las gentes que no se sabe cómo viven.

No se trata, ciertamente, de esos honores gratuitos que caen por la chimenea bajo la forma de una librea más ó menos bordada, de una cinta más ó menos descolorida, ó de una banda más ó menos espléndida; porque estos honores puramente suntuarios, son detalles de la *toilette* oficial, ó dicho en cas-



VISTA DEL COMBATE DE TRÁFALGAR, LIBRADO EL 21 DE OCTUBRE DE 1805.

tellano, pormenores del tocado teatral con que se engalana la gran comparsa en las solemnidades de cajón. Honores sin importancia, que apetece todos los hombres insignificantes, y suelen no desdenarlos hombres de verdadero mérito.

No se trata del honor de esa vistosa perspectiva, de esa especie de coquetería de la vanidad vulgar, porque en resumen no es más que la satisfacción externa del amor propio del vulgo de las gentes; fachadas por lo regular de edificios sin cimientos, casas colgadas por mero cumplimiento ó por interesada lisonja en los días de fiesta oficial; honores de brocha gorda; tapicería que cubre la desnudez de las paredes; honor de relumbrón, que si nos es permitido llamarlo así, diré que es la percalina de las personas.

No, ciertamente, no es ese honor de antecámara que tan fácilmente relumbra en los días de la prosperidad, y tan rápidamente desaparece en los días del infortunio, no es esa espuma brillante que deja en usufructo la potestad que desaparece á la potestad que nace.

El honor, el único honor de nuestros días, es más característico, más trascendental y más filosófico; no son las plumas del pavo real, es el pavo mismo; no es el accidente, sino la esencia; no es el vestido, es el hombre, honor que al fin y al cabo exige una aptitud, reclama un mérito, y pide una prueba.

Todos sabemos que en Madrid es más fácil cruzar á un ciudadano que cruzar una calle, y que se dobla más fácilmente un capital que una esquina. Pues bien; no se trata de eso, porque al fin y al cabo en lo primero sólo se encuentran honores de pacotilla concedidos á los hombres, y precisamente lo que nosotros buscamos en este momento es la especie, el género, la naturaleza de lo que llamamos hombres de honor.

Siempre han sido inclinados los hijos de Adán á tomarse la justicia por sus manos, y donde quiera que hay un ánimo ofendido, aparece inmediatamente un brazo levantado. Detrás de la ofensa proferida por una lengua ligera, está, como detrás de la puerta, una mano por lo común pesada. Así vienen las cosas desde el principio del mundo hasta los días que alcanzamos, en que continuando el orden lógico de este procedimiento humano, detrás de los parlamentos están los motines; luego que han hablado las bocas de los hombres, prorrumpen á su vez las bocas de los cañones; después de la lengua, la espada ó la navaja, el fusil ó el trabuco. Tal es el turno corriente, tal es el orden establecido. No es el juicio de Dios de la Edad media, de que tanto hemos hablado, es la locura de los hombres de la edad presente.

Ese sistema de enjuiciamiento, que aplicado en conjunto no honra á ningún pueblo, aplicado individualmente constituye el único honor del hombre moderno. No hay forma de envilecimiento que no nos sea permitida, y en este punto la ley moral por que nos regimos ha llevado la tolerancia á los últimos límites de la munificencia. Creo, salvo todos los respetos, que si se diese un baile en un presidio, justo es reconocerlo, la crema de la sociedad, lo que brilla, lo que hierve, lo que negocia, lo que intriga, lo que vive, lo que triunfa, lo que influye, lo que está en todas partes, acudiría allí como á su propia casa.

Pues bien; lo único que no se nos permite, lo único que no se nos consiente á título de honor, es sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos. La indulgencia social nos absuelve generosamente hasta en aquellos casos en que los tribunales ordinarios han dejado en nuestra fama la sombra de su paso; pero su severidad es inexorable si eludimos la ocasión de dar á nuestra dignidad el testimonio de un lance de honor. Deshonrados nos complace, nos saluda, nos sonríe, se codea con nosotros, y nos estrecha la mano, pero sin *honor* nos desprecia. Solamente el prestigio de una inmensa riqueza y el esplendor de una vida opulenta pueden alguna vez ponernos á cubierto de su inexorable veredicto. Y acontece que el oído humano confunde muchas veces el sonido del hierro con el sonido del oro, y ocurre con cierta frecuencia que donde hemos creído oír los sordos latidos del grillete, nos hemos encontrado con las poderosas palpitaciones de un bolsillo repleto de monedas de oro.

Perfectamente: la sociedad hace la vista gorda; no se enfada porque apelemos á toda clase de medios para vivir holgadamente; se encoge de hombros, se guiña el ojo con indulgente familiaridad, y nos abre paso. Si conseguimos de algun modo... ¡y hay tantos!... salvar las irregularidades de nuestra vida de las impertinentes contingencias del Código, la sociedad por su parte nos absuelve, y cuando no puede absolvernos, nos indulta.

Mas, por lo visto, necesita algun testimonio que le garantice la dignidad moral del hombre á quien abre la comunicación de su trato, el esplendor de sus salones, la cordialidad de sus brazos, y pide un título de honor recogido de cualquier modo que sea sobre el terreno, ó al menos atestiguado por un acta

honrosa hilvanada por los cuatro amigos encargados de tejer ó destejer el lance. Nos pide sencillamente en cambio de la vida que nos facilita, el honor que nos obliga á no perder ocasión de matarnos.

Puede el hombre en el trato corriente de la vida negar el saludo al que le molesta, negar la mano al que desprecia, negar el oído al que le importuna; puede negar su hija al pretendiente fastidioso, negar su casa á la visita impertinente, negar su bolsillo á toda solicitud ajena, y aun á toda necesidad propia; puede negar á su padre, negar sus hijos, negar su familia; puede negar la autoridad, negar la justicia, negar la virtud; puede, en fin negar sus deudas; puede negarse á sí mismo, porque una vez autorizado para negar á Dios, ¿qué cosa hay en el mundo que no pueda ser negada por el hombre? Pues bien: no le es permitido negarse á dar, al primero que la reclame, la satisfacción de una estocada ó la reparación de un balazo. Parece que se le concede la vida del mundo á condición de que se la juegue en todo lance que se presente: se le prohíbe la conciencia en nombre del honor.

Hay algún motivo para creer que no tenéis derecho á la estimación de las gentes honradas; manos indiscretas se alzan á señalarlos con el dedo, aunque en voz baja se habla de aquel negocio escandaloso, de aquel testamento falso, de aquella traición ignominiosa, de aquella mujer engañada, de aquellos hijos abandonados. Empezáis á sentir que sois un hombre perdido, á quien no obstante en todas partes se le encuentra. Eso sí, las gentes os saludan, sobran manos que estrechen vuestras manos, sea como quiera hay bocas que os sonríen; pero sentís que se os desprecia, estáis, si puedo decirlo así, en el borde del Código penal, entre el palacio y el presidio.

Pues bien, un lance, y todo ha concluido; la deshonra se convertirá en honor, la ignominia en dignidad. En las intimidades de la murmuración saldrá vuestra vida en toda su vergonzosa desnudez; ¿pero quién podrá decir que no sois un hombre de honor, si habéis cambiado con cualquiera una bala, ó habéis cruzado con otro una espada?

A cualquier hombre honrado podéis elegir por cómplice de vuestra rehabilitación; porque la honradez es frecuentemente tan cobarde, que no tiene valor para negaros su complicidad. No hay degradación, no hay vilipendio, no hay ignominia de esas que bullen y llenan el mundo vestidas con los atavíos de la decencia, no hay conciencia ennegrecida por los envilecimientos, que amparada detrás de la pechera de una camisa limpia no tenga derecho á pedir satisfacción á la honradez misma: como si la honradez tuviera muchas satisfacciones de que disponer en estos tiempos.

Siempre hay á la mano cuatro hombres, digo mal, cuatro caballeros, sacados de un garito, escogidos en un salón, tomados de un casino, ó encontrados en la calle, que están siempre dispuestos á dar, bajo su firma, patente de hombre de honor á todo el que, honrado ó deshonrado, pretenda hacer constar que no le teme á la punta de una espada, ni se le encoge la conciencia ante la boca de una pistola.

Detrás de las tapias del Retiro, en un rincón cualquiera de la Moncloa, en el campo del Moro, en una encrucijada solitaria de este camino ó del otro, á espaldas de la ley, y en las barbas mismas de la autoridad, con el sigilo con que se fragua un crimen, con el escándalo con que se celebra, dos hombres, mutuamente ofendidos, estimados ó despreciables, ventilan la mayor parte de las veces, sin rencor, sin indignación, sin razón, sin derecho y sin justicia un pleito de dignidad vergonzosa, espada en mano ó pistola al pecho.

El homicidio indigna y el suicidio repugna, y no obstante, nuestro único honor, el último honor que nos queda, exige ante el jurado de la sociedad, el homicidio como prueba, y el suicidio como testimonio. El honor que eleva nuestra dignidad á los ojos del mundo, necesita la patente de un doble crimen, autorizado por la presencia de cuatro testigos, que, después del lance, celebran la catástrofe con un almuerzo. Hacen por la vida, después de haber sido cómplices de la muerte.

Ignoro si el hombre deshonrado por sus vicios y envilecido por sus costumbres, sin Dios, sin virtud y sin conciencia, resulta más honrado después de abrir un agujero en el pecho del contrario ó de recibir un rasguño en su cara sin vergüenza; pero sé positivamente que esa es la prueba definitiva del hombre de honor, que sea la que quiera su vileza, tiene derecho á reclamar todas las consideraciones del mundo.

Saber matar ha llegado á ser la ciencia perfecta de saber vivir.

El honor de la virtud... ¡qué tontería!

El honor del talento... ¡qué necedad!

El honor de la honradez... ¡qué simpleza!

Honor el del homicida que espera á la víctima

detrás de la esquina de cuatro testigos. Si el homicidio infama, si el suicidio horroriza, nuestro honor es, en resumen, el honor de la deshonra.

Triste honor que necesita el luto de un duelo.

J. SELGAS.

COSTUMBRES POPULARES

SAN PASCUAL BAILÓN

I



La hermosa y pintoresca patria de quien somos hijos, tiene una historia gloriosísima por las notabilidades de todo género que siempre ha producido. Los héroes hijos de España que alcanzaron fama imperecedera en los combates, los sabios que la enaltecieron, los santos que dieron renombre á su Iglesia, son otros tantos timbres de gloria que elevan sobre toda otra nación á nuestra querida España. Las ciudades, pueblos y aldeas de nuestro país serán pobres en comercio, en industria y aun en agricultura, pero son ricos, muy ricos en recuerdos; en la historia de su pasado descuella algún hombre grande que honra sobremanera al humilde pueblecillo donde nació. Muchísimos pueblos hay (exceptuando el mío que para nada sirve, ni ha servido nunca) que fueron cuna de algún valiente soldado, de algún célebre artista, de algún ilustre poeta ó de algún virtuoso Santo. Y las historias, los hechos notables de estos grandes hombres, pasan de padres á hijos como tradiciones venerandas dignas de perdurable memoria, se transmiten de generación en generación, y cual si estuviesen escritas, se conservan religiosamente hasta en sus menores detalles.

El que no sabe todas estas cosas, no ha tenido abuelo sin duda, pues de lo contrario, le hubiera oído mil veces referirlas durante las largas noches de invierno, cuando arrimado á la lumbre se hallaba sentado en el gran sillón de vaqueta con clavos de gorda cabeza dorada. Mas yo que, á Dios gracias, cuento todavía con una porción de abuelos, podría decir á ustedes muchísimas historietas de esas que los abuelos cuentan cuando se colocan, como he dicho, en el proverbial sillón, trono y recuerdo de sus venerables antepasados.

Pero dejando las demás narraciones para otra ocasión más propicia, voy á decir únicamente algo de San Pascual, de aquel humilde pastorcico compatriota nuestro que tanto hoy enaltece á su pueblo y á su patria, de aquel modelo de heroicas virtudes, de aquel admirable adorador del Eucarístico Sacramento, de aquel santo, en fin, que hoy es tan glorioso en el cielo, cuanto virtuoso fué en la tierra.

Mas no crean ustedes al oírme hablar en este tono que voy á improvisar una especie de sermón donde les relate la vida y milagros del bendito Santo que nos ocupa; no pretendo ser su panegirista, ni mucho menos su biógrafo, porque ni tengo suficientes dotes para lo uno ni bastantes datos para lo otro. Y aun cuando así no fuera, yo creo que ustedes no aprenderían nada nuevo con lo que yo les dijese.

Reseñaré solamente algo de la fiesta de San Pascual, de la animada y bulliciosa fiesta que celebran al glorioso Santo en el pueblo donde vino al mundo.

II

Torrehermosa es un pueblecillo de Aragón, en la provincia de Zaragoza, lindante con ambas Castillas, pues á sus lados hay pueblos de las dos regiones citadas.

Su vecindario es escaso, sus casas no diré que se parecen á una bandada de palomas esparcidas en un fértil llano, porque ni tengo pretensiones de novelista para ponerlo todo de color de rosa, ni sus moradores, pobres la mayor parte, las han construído de modo que con verdad pudiera afirmar esto.

En ese pueblo nació San Pascual y ahí le celebran su fiesta el día 17 del mes de las flores.

Mucho tiempo hacía que yo deseaba ver aquella fiesta, y en el pasado Mayo, aprovechando la mañana del día 17 me puse en camino hacia Torrehermosa. El pueblo donde yo residía entonces estaba bastante próximo, y por eso, sin necesidad de madrugarme demasiado, podía llegar á tiempo de oír la misa mayor.

En el camino fui acompañado de muchas otras personas que también como yo iban á ver la fiesta de San Pascual. Yendo en compañía se hace más corto el viaje, que por lo demás, como he dicho, no es nada largo.

El criado que conmigo venía había estado ya bastante tiempo en Torrehermosa, así que conocía muy

bien el pueblo hasta en sus más retirados escondites. El, pues, me hubiera servido de *cicerone* si *cicerone* se necesitara para andar en un pueblo, que como todos ó la mayor parte de los pueblos de aquella tierra, casi puede decirse que no tienen más calle que una; la calle Mayor ó la calle Real.

— Mamerto, dije al criado, ¿tienen buena bandera los de Torrehermosa?

— No me he fijado yo nunca en la bandera, me respondió. Mas ¿por qué me preguntas ahora eso?

— Porque en los pueblos tienen á mucha honra el decir que la bandera de su iglesia es más alta y mejor que las de las iglesias vecinas. Por eso creo yo que los de Torrehermosa se llenarán de orgullo cuando digan que la fiesta y la bandera de su lugar son mejores que la fiesta y la bandera de Alconchel por ejemplo.

— Verdad es que sucede eso casi siempre, y aun á la bandera que tú dices, añaden el juego de pelota, ó la fuente, ó la campana grande de la torre ó cualesquiera otra cosa que un pueblo tenga mejor que otro. Pero aquí jamás he parado yo mientes en ninguna de esas cosas.

— ¿Acude mucha gente á la fiesta?

— Mucha: ya lo verás. Y según dicen ha disminuido ya en grande escala la concurrencia de forasteros. Pero á pesar de todo, la iglesia es bastante grande y ningún año caben dentro tantos como acuden. Vienen también aquí muchos que han estado malos, y en su enfermedad ofrecieron una visita á San Pascual si se ponían buenos. Mira, añadió señalándome un hombre que delante de nosotros iba, aquel hombre debe estar ofrecido sin duda, pues va descalzo y á pie. Y acaso viniera ya todo el día de ayer andando.

— ¿Hay muchos así ofrecidos?

— Ya lo creo que hay. San Pascual es un Santo muy milagroso. Verás en la iglesia cuánto milagro tiene. Las paredes están casi llenas de muletas, de vestidillos, de manos y pies de cera. Y muchos de estos objetos tienen debajo un cuadro ó una estampa en que se refiere el milagro que el Santo obró con aquel devoto.

— Por allí, dije señalando á un camino no muy distante del que nosotros llevábamos, parece que viene una procesión.

— Es que nos acercamos al pueblo y se juntan aquí ya muchos forasteros. Si hubiera estado aquí, habrías visto no cortarse esa procesión que tú dices desde hace dos ó tres horas lo menos. Pero aun veremos mucha más gente al llegar á Torrehermosa.

Y así fué en efecto; pues cuando entrábamos en el pueblo venían por distintos caminos una infinidad de personas.

Apeamos en una casa que nos proporcionó el Mamerto, donde ya se habían parado bastantes huéspedes aquella mañana, porque en Torrehermosa escasean los alojamientos el día de la fiesta. Acomodamos las caballerías y la ropa como nos fué posible, y sin aguardarnos á tomar el desayuno salimos á dar una vuelta al pueblo.

La Plaza Mayor (única debería llamarse) se parece á una plaza de mercado de cualquier población semiciudad de los alrededores. Algunas tiendas donde había telas ó paños de superior calidad, según decían, pero que realmente eran pocos, malos y caros, y por fuera, en medio de la destartada plaza, mesas de confitura, barriles de escabeche y multitud de juguetes de todas clases, en los que se incluían, por supuesto, guitarras, panderetas y hasta aceiteras, palanganas y vasos de noche; todo esto y aun algo más era lo que la plaza contenía.

Visitamos la plaza, que entonces se hallaba llena de gente, y sin comprar ninguna cosa, pues nada nos llamaba la atención, nos dirigimos á la iglesia.

La iglesia es muy buena para el pueblo de Torrehermosa, pero á mi parecer no corresponde plenamente á la extraordinaria devoción que profesan y han profesado siempre á San Pascual.

El altar mayor vale muy poco, y encima del pequeño retablo que de altar sirve, está pintado en la pared San Pascual, mas con mal acierto.

La imagen del Santo en escultura, que se hallaba entonces en mitad de la iglesia, es muy buena según yo pude apreciar y según me dijeron también algunos inteligentes en el arte.

En la sacristía de la iglesia hay otra imagen que está bastante deteriorada, pues la faltan muchas astillas que la han arrancado inutilizándola casi por completo. Y aquella imagen es ó era también una buena talla. Según me dijo el Sr. Cura de Torrehermosa es la más antigua, la que sirvió en la iglesia durante muchos años, hasta que se trajo la nueva; pero ahora se halla en tan mal estado, merced á las muchas astillas y pedacitos que, aun cuando está prohibido, le quitan á escondidas los que vienen á la fiesta.

Más arriba de la iglesia, y separada de ella, hay

una torre cuyo chapitel y gran parte de lo demás arruinó hace pocos años una chispa eléctrica. Debía ser muy hermosa esa torre, según lo atestiguan las ruinas que nadie intenta remover; y aun acaso el pueblo deba á esa torre el nombre de Torrehermosa.

Entramos en la iglesia y se ofreció á nuestra vista un cuadro verdaderamente original.

Multitud de personas había en el interior del templo, y de ellas un corro de jóvenes estaba rodeando á San Pascual Bailón.

Uno de ellos, el más caracterizado ó el más atrevido de la cuadrilla, poníase delante de la imagen, y con un tono propio de los gozos del Santo, entonaba la canción siguiente:

San Pascual está en el cielo,
Su cuerpo en Villa-Real,
Su Reliquia en Torrehermosa;
La venimos á adorar.

¡Viva, viva San Pascual! era el grito unánime que de aquellos pechos salía apenas acabada la copla. Y agarrados de la mano saltaban y gritaban en derredor del santo bendito.

Volvían poco después á pararse ante San Pascual, y el mismo que antes había cantado ú otro cualquiera, volvía á cantar.

Cuando Felipe Animoso
A Barcelona cercaba,
Un cuadro vuestro sudaba
Mostrándoos congojoso.
Aun estando ya glorioso
A vuestro Rey sois leal:
— Centinela misterioso
Sois de España, San Pascual.

— ¡Viva San Pascual!

— ¡Viva! repetían todos locos de contento. Y volvían á bailar al rededor del Santo palmoteando y gritando con verdadero frenesí.

Cuando aquel corro se marchaba, venía otro á repetir los cantares y los vivas á su excelso patrono. ¡Oh! Aquello me conmovía sobremanera. Locura más que otra cosa me parecía aquel entusiasmo tan grande por San Pascual.

Todos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, hombres y mujeres, todos bailaban, palmoteaban y saltaban de alegría en medio de la iglesia.

Parecía que aquellos corazones, poseídos de inmenso júbilo, no sabían cómo demostrar su amor al glorioso Santo.

Y el regocijo tan grande de aquellos sencillos labradores devotos de San Pascual se comunicaba cual mágico fluido á los corazones de cuantos en la iglesia había. Era imposible permanecer allí sin participar del entusiasmo que á todos animaba. Aun el más escéptico, aun el más grosero positivista, se hubiera enternecido al ver aquella multitud frenética de gozo y entusiasmo.

Yo, por mi parte, no sé ahora decir cómo me encontraba entonces. Todo lo bueno me admira y todo lo tierno me encanta y me enamora. Hubiera permanecido largo tiempo extasiado contemplando aquellas escenas.

Mientras que unos bailaban, otros cantaban y algunos echaban á San Pascual vivas tan originales como este: ¡Viva San Pascual, *toño*, viva! Había otros que sacaban pañuelos y los hacían tocar á la estatua del Santo besándolos después con respeto y conservándolos como grato recuerdo del glorioso San Pascual.

A las diez de la mañana empezó la misa. Un misionero de la Congregación de San Vicente de Paul predicó, y en su sermón refirió detalladamente los pormenores de la vida del Santo, ensalzando sus heroicas virtudes.

« Napoleón, Cesar, Carlos V, nos decía, fueron grandes hombres; la historia les dedica y les dedicará siempre sus más gloriosas páginas; la fama publica por doquiera con admiración y asombro el eminente genio y las hazañas de estos héroes; pero volved la vista, hermanos míos, á nuestro Santo Patrono, comparad á ese humilde pastorcico, vuestro compatriota, con todos los emperadores, con todos los generales, con todos los sabios del mundo, y veréis la gran distancia que hay de uno á otros. Porque ¿en dónde, decidme, veneran á esos encumbrados personajes del modo que vosotros á este bendito Santo? ¿En qué parte del mundo conmemoran el aniversario de la muerte de un grande hombre con tanta alegría, con tanto amor como vosotros, y no sólo vosotros, sino que en toda España, en todo el orbe católico lo hacen con San Pascual? Grande cosa es ser hombre célebre por su talento ó por sus dignidades y honores, pero mayor es todavía el ser grande por sus virtudes; mucho es sin duda el ser sabio, pero aun es más, mucho más el ser Santo. »

Cuando la misa hubo terminado salió la procesión. También esta tiene originalidad en todo; las banderas, los estandartes, el Santo mismo iba bailando en todo el trayecto desde que salían hasta que volvían á entrar en la iglesia.

Acaso aquellas buenas gentes crean que San Pascual se llamaba Bailón porque bailaba mucho, y por lo mismo tienen necesidad de bailararlo para que no pierda la costumbre sin duda.

Cuando la procesión llega á la plaza se detiene y allí honran también al Santo á su manera.

Todo el mundo le tira lo que en las manos tiene, y San Pascual, mientras los señores Sacerdotes que dirigen la procesión cantan algún himno ó algún salmo de las vísperas, se ve envuelto en una lluvia continua de confites y hasta de cuadros, jarrillos de hoja de lata, guitarras, panderetas y miles cosas heterogéneas.

La procesión, después de concluida la especial ovación que á San Pascual hacen en la Plaza, continuaba, siempre bailando hasta llegar á la iglesia.

Después todo había concluido.

Comen los huéspedes donde más cómodamente pueden, y abandonan á Torrehermosa después de hacerle la última visita á San Pascual.

Así lo hicimos el Mamerto y yo, viniendo á pasar la noche á nuestro pueblo.

Una consecuencia importante saqué yo de mi estancia en Torrehermosa. « Aun no se ha perdido la fe, » me decía. ¡Quiera Dios que jamás se pierda en España!

III

Y hé aquí, amables lectores, la fiesta de San Pascual.

Cuando ustedes leyeron el principio de este pobre articulejo, viendo tan retumbante prólogo, esperarían alguna cosa digna de él; mas por desventura mía su esperanza se habrá visto frustrada.

A pesar de esto, por no borrarlo todo no borro ni una línea y concluyo rogando á mis lectores me permitan poner al fin la nombrada frase de Pilatos: *Quod scripsi, scripsi*.

BENIGNO BOLAÑOS Y SANZ.

(4 de Agosto de 1883.)

UNA MUJER FUERTE

Leyenda histórica

III

UN BUEN ESPOSO



DESPUÉS que María colocó la cuna del niño Claudio junto á su propia cama y acostó á éste con sumo esmero, se sentó junto á la ventana, y observando á su hija, que jugaba sobre una alfombrita, tendida para esto en medio de la habitación, se puso á reflexionar sobre aquella especie de adopción, nacida de un irresistible impulso de su alma, pero que, según lo reconocía entonces, hubiera sido cosa para pensarse mejor.

Ya se ha podido comprender que la posición del matrimonio era dudosa, si no precaria; y la brillante vida que la joven marquesa había tenido en perspectiva, se desvaneció como un delirio de la imaginación. Su padre, joven aun y muy egoísta, se había vuelto á casar á los pocos meses de desposarse María. Este imprevisto acontecimiento, reduciendo la fortuna con que León había creído poder contar algún día, hubiera podido además ser de gran perjuicio para la dicha de María. Mas no fué así, y el matrimonio sobrellevó alegremente á su madrastra, quien con sagacidad había logrado de su anciano marido ventajas que disminuían mucho el futuro caudal de María.

Otras desgracias debían turbar también la tranquilidad del matrimonio. Acababa de nacer su niña, y aun estaban en aquel inefable gozo que ocasiona la venida del primer hijo, cuando recibieron una terrible noticia. La especulación en que estaban impuestos los capitales que formaban la mayor parte del caudal de León no había salido bien, y se anunciaban á los accionistas pérdidas considerables. Esta nueva desgracia tenía grande importancia: era una inquietud para el presente y quizá la pobreza para el porvenir. No se lo ocultaron, y tomando inmediatamente una enérgica y suprema resolución, despidieron sus criados, vendieron la mejor parte de sus lujosos muebles, y se fueron á vivir al corazón de la Bretaña, al vetusto castillo de Montaille, ó más bien á uno de sus pabellones que, siendo de construcción más reciente, había quedado en pie en medio de las ruinas.

Esta vida oscura y falta de todos los refinamientos del lujo, esta medianía que comparativamente podía llamarse pobreza, no había sido aceptada sin algunas amarguras del corazón.

Todo sacrificio, sea voluntario ó forzoso, siendo siempre una violencia hecha á nuestra naturaleza ó una renuncia á nuestros gustos, lleva consigo un padecimiento, si bien cuando el alma los acepta y los ofrece á Dios, son fecundos en dulzuras y consuelos.

Triste fué aquella sorpresa para ambos esposos; pero eran jóvenes, se querían mucho, no necesitaban de la sociedad ni de las diversiones, tenían en el corazón esa fe que da mérito á los padecimientos humanos, y se consolaron. Por otra parte, era imposible luchar, y se necesitaba romper con los hábitos de lo pasado, si no se quería abrir un abismo para el porvenir, y así lo hicieron sin vacilar.

Establecida ya María en aquella antigua casa, cuya situación tanto agradaba á su imaginación, se dedicó por entero á sus nuevas obligaciones y se acomodó á la abnegación y desprendimiento á que fácilmente se pliega la flexible organización de una mujer. Sólo tuvo que reprimir los impulsos de su bondadoso corazón, que le llamaban á hacer mucho bien; pues sus obras de caridad hubieran superado los límites que la razón prescribía, si su marido no le hubiese hecho advertir la medianía de sus recursos. Por esto esperaba con cierta inquietud el regreso de aquél. Esta vez había obrado sin consultarle; y si él reprobaba su precipitación, ¿qué había de hacer? La adopción del niño Claudio traía además consecuencias en que la generosa mujer no había pensado en un principio. Si el padre no volvía, aquel niño le quedaba en casa para educarlo, y era un porvenir cuya responsabilidad cargaba sobre ella.

Así estaba cavilando, preguntándose qué haría para que su esposo aceptara aquella carga.

— ¿Para qué atormentarme? decía. León es bueno, y cuando yo le explique la posición en que se encontraba aquella desdichada madre, él mismo se compadecerá. Cuando llegue, le confesaré mi falta y me perdonará el haber obrado sin su consejo.

Tranquilizándose de esta suerte, se ocupó de los niños, y cuando al anochecer los vió dormidos en su cuna, bajó á la cocina. Ana estaba preparando la comida. María, por lo común, se ocupaba lo menos posible en estos pormenores de la casa, que no eran conformes con sus hábitos y que repugnaban algo á su delicadeza de señora de tono; pero aquella noche quiso que León quedase completamente satisfecho, y preparó por sí la comida que á aquél le gustaba y que era superior á los conocimientos culinarios de Ana. En este particular obraba María con acierto. El hombre menos amigo de su regalo, gusta, sin embargo, de estas delicadas atenciones de parte de su mujer. Es menester convenirse de esta verdad so pena de experimentar engaños; y no hay palmito de cara, por lindo que sea, que haga acoger con sonrisa de satisfacción á un marido los descuidos é inadvertencias de su mujer, cuando trascienden á las necesidades de la vida.

Si el marido no se atreve á decir todo su pensamiento, se contentará con un gesto y se quedará diciendo: «¡Váyase enhoramala la poesía del matrimonio! ¿Si tendrá mi mujer el proyecto de mantenerme con el rocío de la aurora y con hojas de rosas?»

Aunque muy ocupada en sus preparativos, oyó María las pisadas del caballo de León sobre el pavimento del patio, y al instante le salió al encuentro.

Una mirada que dirigió al marido, cuyo semblante estaba serio, le hizo suspender la manifestación que se le venía á los labios, y se dió prisa para que le sirvieran la comida, á fin de que no se le ocurriese la idea de subir.

La mesa estaba puesta en el comedor. Con el doble objeto de dar mayor claridad á la habitación y de aprovechar la frescura y tranquilidad de la noche, había abierto María la ventana y colocado junto á ella la mesa. El día había estado hermosísimo, y el aire era suave y apacible. No movía la menor ráfaga de viento los manzanos que estaban en flor, formando gigantescos ramos, que por varias partes del jardín levantaban su blanca ó sonrosada cabeza.

La mar se retiraba suavemente, dejando descubierta poco á poco la arena, que parecía gris al lado de sus azuladas ondas.

El sol iluminaba á lo lejos las últimas cimas y las rocas que aparecían á flor de agua. En aquel momento podía admirarse el arrebatador contraste de sombra y de luz que en los campos da tanto esplendor á las noches serenas, y para cuya representación ningún pintor ha hallado en su paleta colores bastante brillantes ni bastante armoniosos.

— ¿Me has estado esperando para comer, María?

dijo León sentándose delante de la mesa, en la que se fijó su vista con cierta satisfacción advirtiendo lo bien arreglada que estaba.

— Ya lo creo; cuando tú no estás, me parece que no cómo, respondió María, colocándose frente de él.

— Comamos, pues, querida, porque yo estoy medio muerto de necesidad.

Y León, cuyo semblante se mostraba muy afable, le alargó su plato á María.

Satisfecha el hambre que le había suscitado su larga caminata, riéndose pidió permiso á su mujer para fumar un cigarro, sabiendo que le sería concedido, y apoyándose en el respaldo de su silla, cruzó las piernas y estuvo sin hablar esperando que Ana acabase de quitar la mesa. Llevaba aquélla el último plato, cuando la llamó, diciéndole:

— Tengo que dar á usted la enhorabuena, Ana, porque se ha hecho usted una cocinera de primer orden, que merece una medalla de premio: esta es la mejor comida que he tenido desde que estamos aquí.

Ana se puso colorada y miró á María, que estaba riéndose.

— Es la señora quien la ha hecho, dijo, y se retiró.

Los jóvenes se miraron, echándose ambos á reír.

— ¡Hola! ¿con que eres tú? dijo León.

— Yo, contestó María: ¿no lo sospechabas?

— No, en verdad; y es una atención que te agradezco; no me hubiera yo figurado tomar una comida hecha toda por tus blancas manos, y te doy la enhorabuena que había dirigido á Ana.

— Mil gracias. Pero ahora que estamos solos, dime, ¿qué has hecho en la ciudad? ¿qué hay de nuestros asuntos?

— Nada muy consolador, contestó León, volviéndose á poner muy serio. Las esperanzas que me había dado Mr. Rouvel, no se realizan. Es preciso tomar nuestro partido, y no contar sino con lo que nos queda. No sé ya qué decidir. ¿Pretenderé un destino? Pero con esta educación más brillante que sólida que me han dado, no veo lo que podré intentar: no sé nada, no puedo nada. Sin embargo, difícilmente me resolvería á permanecer aquí y á sepultarse en el campo, lejos de toda sociedad. ¿Por qué no habíamos de volver á una ciudad? Eso sería vivir; y aquí apenas haremos más que vegetar.

— ¿Es por mí por lo que temes el aburrimiento y la monotonía de nuestra vida en el campo? preguntó María.

— Por ti.

— ¿Por mí únicamente?

— Sólo por ti. Para mí tengo yo aquí mil medios de distracción; la caza, la pesca, la agricultura pueden ocuparme alternativamente. Los placeres de sociedad son indiferentes para un hombre que los conoce y los estima en lo poco que valen. Pero tú estás en distinto caso, y exigir que los renuncies sería ser egoísta.

— ¿Egoísta? No, te lo aseguro, León. Ya te lo he dicho, y ahora te hablo formalmente. La pobreza se sobrelleva en el campo; pero en la ciudad se padece más con ella. Aquí no me acuerdo nunca de la vida brillante y distraída que he pasado algún tiempo, porque no tengo tentaciones. En la ciudad las tendría. Todos esos placeres, que yo también desprecio, no dejan sin embargo de tener atractivo para la que imprudente se acerca á ellos demasiado. ¿Quién te asegura que al oír á nuestras amigas hablar de sus fiestas y de sus satisfacciones, la razón será bastante fuerte para contenerme? Y si ellas quisiesen arrastrarme, ¿sé yo si las resistiría? No me atrevo á afirmarlo. He experimentado tantas veces estas sensaciones producidas por las circunstancias, que desconfío de ellas. Ustedes los hombres no comprenden esto, y la fuerza de esas pequeñas conmociones les es desconocida. Tienen ustedes gana de ir al baile, se ponen un frac negro, y ya está todo hecho. Las mujeres no miran así las diversiones, que son para ellas un asunto mucho más importante; y sus cuidados, como sus goces en ellas, son triplicados. El tocador ocupa bastante; el deseo de brillar y de agradar, no poco; y si se llama la atención, esto produce una vana complacencia, que se borra difícilmente del corazón. Entonces se desea con ardor que los placeres vengan unos en pos de otros, y excitado una vez este deseo, se sufre en no poder satisfacerlo. No hay mujer que pueda dormir oyendo el estrépito de una fiesta, si las ha conocido y se ha acostumbrado á disfrutar de ellas.

León oía atentamente y con benévola sonrisa esta ingenua manifestación.

— De todos modos, le dijo, me parece que se te haría triste pasar aquí todo el año. ¿Qué dirías de que tomáramos un cuartito en la ciudad y lo ocupásemos durante los meses de invierno?

María movió la cabeza haciendo un gesto de desaprobación.

— Más vale hacer por entero el sacrificio, dijo: será menester que hagamos algunas economías para nuestra niña Alicia, y aquello nos acarrearía gastos. Mi último viaje á la ciudad me ha dado en qué pensar; he conocido que viviendo en ella, me vería obligada á llevar un género de vida poco conforme con la economía que nuestra posición exige. Bien sabes que el lujo es desenfrenado, y me sería penoso no salir como las demás. La última vez que fui á R... tuve un encuentro que me ha llamado la atención respecto á ese particular. Al atravesar yo rápidamente la plaza para volverme á reunir contigo, pasé junto á un bellissimo tren que llenaba de lodo á los míseros mortales que, como yo, se veían reducidos á ir á pie. Párase de repente, salta á tierra un lacayo, abre la portezuela y oigo pronunciar mi nombre. Me vuelvo, y una joven vestida con gran lujo me da la mano. Reconoci entonces á mi amiga Josefina, la hija de aquel banquero que se hizo rico tan prodigiosa y malamente; nos dirigimos algunas palabras muy deprisa, porque yo advertía en ella cierto aire de benevolencia que me lastimaba. Sin duda comparaba su brillante traje con mi vestido de campesina, mi sombrero, bastante usado, y mis guantes que parecían bien feos al lado de los suyos. Vinieron á mis labios mil expresiones maliciosas y mil sentimientos malos al corazón. Todas estas miserias de vanidades y envidias son una polilla, para las mujeres, y me propongo ir á la ciudad lo menos posible.

— Hágase tu voluntad, dijo León levantándose; todo ello me prueba que te has vuelto una mujer de juicio; y puesto que estás decidida, probaremos. Por otra parte, el aire es aquí muy puro, y los niños necesitan aire y ejercicio. Esto me recuerda que no le he dado un beso á nuestra Alicia; vamos á verla.

Al decir esto León cogió el brazo de su mujer bajo el suyo y salió con ella del comedor. María iba andando despacio y como á su pesar. Al pie de la escalera desprendió con suavidad su brazo, y colocando su mano sobre la espalda de León, lo miró con ojos afectuosos y suplicantes á un tiempo.

— ¿Para qué es esta parada? dijo él.

— León, dijo con cariñosa voz la joven, ¿me amas?

— ¿Si te amo? ¿Qué significa esta pregunta? Apuesto á que tienes algo que pedirme: esa comida preparada por tu mano; tu acento y tus miradas, todo me indica que tienes algo que comunicarme.

— Es cierto, contestó María; y si me amas, no me reñirás por haber obrado sin consultarte, y me dejarás continuar lo que he comenzado sin tu consejo.

— Vamos, mujer, explícate; ya sabes que no me gustan los enigmas.

— Pues bien, voy á decírtelo.

La joven subió con prontitud la escalera y abrió la puerta de su cuarto. León entró muy inquieto, y sus ojos se fijaron en la tosca cuna de madera que estaba en el suelo.

— ¿Qué cuna es esta? preguntó.

Acercóse María y alzó la cortina de indiana.

León parecía cada vez más sorprendido.

— No comprendo, dijo. ¿Qué niño es este y por qué está aquí?

— Porque su madre ha muerto, dijo con ternura María. ¡Ah! Si tú hubieras presenciado aquella cruel escena, hubieras hecho lo que yo; el dolor de aquella mujer era tan intenso y la posición de este niño tan terrible, que te he desobedecido casi sin quererlo; me acordaba de mi Alicia y padecía todo lo que aquella pobre Magdalena debía padecer.

— Pero todo eso no me dice lo que piensas hacer con este niño.

— Criarlo yo misma, puesto que no podemos pagarle un ama.

Al oír León esta sencilla declaración, miró como asombrado á María.

— Pero, mujer, ¿te has vuelto loca? dijo. ¿Has podido creer que te dejaría yo tomarte esas fatigas, que apenas se sufren por los hijos propios? ¿En qué cabeza cabe semejante idea? Tu corazón, por demasiado bueno, ha soñado un imposible, y será preciso devolver ese niño.

Conoció María que el corazón se le desgarraba de pena.

— León, le dijo, no podríamos devolverlo aunque quisiéramos; ¿ignoras acaso que su padre está ausente? Te ruego que me dejes hacer este acto de caridad. Dios nos lo recompensará, y esto nos acarreará el afecto de toda esa pobre gente, á la cual no podemos hacer otro bien.

— Pero ¿y tu hija? Tú no has pensado en ella.

— Mi hija no padecerá por esto; mira y compara, dijo la joven descorriendo de prisa las cortinas de la cuna de Alicia: estos dos niños han nacido el mismo día.

El contraste entre aquella niña, de semblante sonrosado y robustos brazos, y la débil criatura, cuyo rostro revelaba el padecimiento, era en extremo notable.

— Puedo destetar á Alicia, repuso prontamente María, que advirtió que su esposo estaba conmovido; no padecerá nada con eso, mientras este infeliz niño se muere de inanición.

— ¿Y si tu celo te pone mala?

— Mala, ¡ah! no lo permitirá Dios. Quizá me pondré algo más delgada, añadió la bondadosa joven; pero habré salvado á este niño, y tú por esto no podrás querermes menos. ¿Consientes, no es verdad, querido León?

— Consiento, consiento, repitió él enternecido, aunque procuraba disimularlo; me obligas á que consienta, puesto que ya has prescindido de mi permiso. ¡Qué idea! repito, ¿quién hubiera formado nunca semejante proyecto? Al fin, ya está hecho; pero pongo dos condiciones para que continúe.

— ¿Y son?

— Que no te ocuparás de ese niño en toda la noche.

— ¿Y quién lo cuidará?

— Ana; bien puedes hacerla participante de tu caridad. Sobre esto soy inexorable y no me volveré atrás. La otra condición es que, si Alicia padeciera á causa del destete, ó si tú te resintieras con prolongar la crianza, el niño de Magdalena saldrá de casa: esto queda resuelto.

— Convenido: espero que nunca sucederá nada de eso. Gracias, León, eres el mejor de todos los maridos.

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Conservación de las maderas.—Hasta aquí, para conservar las maderas expuestas á la humedad, se las sometía á una inyección de sulfato de cobre. Pero este procedimiento no da resultados durables. Cuando la madera se hunde, la humedad penetra en el interior por las hendiduras, é impide la acción del sulfato de cobre.

El nuevo procedimiento consiste en inyectar las maderas con agua de jabón, á la cual se añade una corta proporción de ácido sulfúrico.

El agua de jabón y el ácido sulfúrico dan lugar á la separación de ácidos grasos, que impregnan todas las fibras de la madera, é impiden que penetren la humedad.

El foto-relieve.—Entre las novedades curiosas de la Exposición de electricidad de París, se encuentra el procedimiento llamado *foto-relieve*, para producir, por medio de la fotografía y la electricidad, relieves sobre el papel y bajos-relieves en bronce, platino, plata, y otros metales y materias diversas.

El invento es de gran importancia, porque permite adquirir económicamente los relieves de las obras maestras de escultura de todos tiempos y escuelas.

El procedimiento es un secreto, pero se cree sea parecido al de la gelatina bicromatada, si bien se desconoce el papel que aquí desempeña la electricidad. Los autores del procedimiento han tenido buen cuidado en ocultar los fundamentos del mismo, y han adquirido privilegio de invención.

Cúpula de papel.—En el nuevo observatorio de West-Point (Estados-Unidos) se está construyendo una cúpula de papel de 9 metros de diámetro; pesa 2

toneladas y pesaría 10, si fuera de cobre. Es un adelanto notable, y sólo falta conocer la duración y resistencia de esta nueva cúpula.

Inmensa vía férrea.—Está en vías de realización el proyecto de establecer un camino de hierro central que atravesase el Asia: el camino empieza en Moscú, y está completamente terminado hasta Saman, en el Volga; siguiendo luego al Sudeste, llega á Oremborg, en el río Ural, en una extensión de otras 600 millas, siguiendo luego la curva de este río hasta Orsh, término de la vía europea y principio de la asiática. Desde Orsh, la línea se dirige hasta Tashkend, en cuyo trayecto de 800 millas atraviesa grandes pantanos y desiertos que requieren enormes puentes, túneles, excavaciones, terraplenes y grandes obras de fábrica, hasta llegar al término de la vía, que se proyecta sea Pekin. Indudablemente esta es una de las grandes empresas que la actividad humana ha podido concebir, cuya realización está bastante adelantada.

Reproducción de dibujos.—M. Joltrain ha dado un procedimiento sencillo para reproducir dibujos, grabados, etc., en trazos negros sobre fondo blanco. Bastan algunos segundos de exposición al sol, y á la luz ordinaria algunos minutos.

El papel donde se ha de reproducir el dibujo se impregna del líquido siguiente:

Goma.....	25 gramos.
Cloruro de sodio.....	3 —
Percloruro de hierro en disolución á 45°	
Baumé.....	10 cent. cub.
Sulfato férrico.....	5 gramos.
Acido tártrico.....	4 —
Agua, cantidad suficiente para formar....	100 cent. cub.

El baño para manifestar la copia es una solución de prusiato amarillo de potasa. Después de la exposición á la luz, la prueba positiva se introduce en este baño, y las partes que no han recibido la luz adquieren un color verde oscuro, sin que el resto cambie de color.

El exceso de prusiato de potasa se lava con agua, que detiene la reacción; después se deja la prueba algunos minutos en un baño acidulado con ácido acético ó clorhídrico. Entonces aparece el dibujo con un color negro azulado. Por último, se lava el dibujo con agua clara y se seca.

Metal de Spence.—La aleación ó producto llamado *metal de Spence* se compone de las proporciones siguientes:

De sulfuros metálicos con azufre libre....	33.68
De sulfuro de hierro.....	57.15
De idem de cobre.....	9.89
De sílice y silicato.....	5.79
De carbón.....	1.92
	99.43
Pérdida.....	57
	100.00

Se prepara fundiendo una parte de azufre con dos de pirritas pulverizadas. Las últimas se van agregando poco á poco al primero.

Siendo tales los componentes, y los tomamos de la autoridad del profesor Glatennapp de Riga, apenas se comprende que alcance el mismo precio del plomo á que sustituye.

Población del mundo.—Se ha publicado en una obra alemana de Bern y Wagner un curioso estado de la población y superficie de las principales regiones del globo terrestre, rectificándose prolijamente los errores que se han notado en estos datos de pu-

blicaciones anteriores, de modo que puede calificarse relativamente de exacto el siguiente estado:

	Millas cuadradas.	Habitantes.
Europa (excepto Islandia y Nueva-Zembla)....	3.749.263	315.929.000
Asia.....	17.209.805	834.707.000
Africa.....	11.548.855	205.679.000
América.....	14.822.471	95.495.500
Australia y Polinesia....	3.457.126	4.031.000
Regiones polares.....	1.745.373	82.000
TOTAL....	52.532.893	1.455.923.500

El Océano ocupa 144.364.860 millas cuadradas, ó sea el 73,31 por 100 de la superficie de la tierra.

Revestimientos de muros húmedos.—Hay edificios cuyas paredes, bien sea por la naturaleza de sus materiales, ó por su situación, se presentan con eflorescencias salinas, generalmente de nito, que mantienen en constante humedad el revestido.

El empleo de betunes hidrófugos, sustancias grasas y alquitrán, y hacer muros dobles, dejando un espacio hueco en ellos, sirven para contrarrestar esta dañosa circunstancia; se ha propuesto otro procedimiento para evitar la humedad, y consiste en revestir los muros con planchas de corcho del grueso conveniente, pudiendo utilizarse á este fin el corcho de peor clase, y recubrirlo luego con una capa de yeso, encima de la cual se da una capa de pintura al óleo.

Desinfección de las aguas.—El Dr. Fatio escribe desde Génova, que el ácido sulfuroso es un excelente desinfectante de las aguas estancadas y cenagosas.

Según él, mata los gérmenes en ellas contenidos y se evitan así las emanaciones pútridas y palúdicas.

Todos los seres microscópicos que existen en dichas aguas y en la atmósfera que los rodea, sucumben á la acción del ácido sulfuroso. La producción de este gas se hace con gran economía, y por otra parte es sencillo el modo de producirlo en la cantidad que se quiera.

Uno de ellos consiste en quemar azufre, que al arder produce el gas ácido sulfuroso, y también se puede producir en gran cantidad calentando en una retorta carbón ó serrín con ácido sulfúrico. Para que el gas entre en el agua estancada ó cenagosa, se enlaza con la retorta un tubo de conducción, que se sumerge por su extremo en el agua.

Antigüedad del vidrio.—Moisés hace mención del vidrio, lo que prueba que por el antiguo pueblo hebreo era ya conocida la industria de su fabricación, y según Plinio y Strabón, las producciones de vidrio que se obtenían en Sidón y Alejandría alcanzaron gran celebridad. En las excavaciones de Pompeya y Herculano se han descubierto ventanas con vidrieras; pero todo hace creer que el uso de vidrios planos no estuvo muy generalizado en los pueblos antiguos.

Aun en la Edad Media se empleaban con frecuencia, para cubrir las ventanas, láminas de alabastro trasluciente, y también hojas de asta muy finas.

Segun tradiciones fidedignas, se usaron por mucho tiempo, hasta el siglo III de nuestra era, hojas semitransparentes de espejuelo de yeso, ó sea sulfato de cal.

Aseguran algunos arqueólogos, que los pueblos asirios emplearon, para cubrir los huecos de sus viviendas, ciertas pieles de animales marinos, que preparaban á propósito reduciéndolas á finísimas hojas.

El apogeo del vidrio no empezó realmente hasta el siglo VI.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

Vapores Correos

DEL MARQUES DE CAMPO

Líneas regulares de Asia, Africa, América y Oceanía

Servicio mensual, en días fijos, desde Liverpool á Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapur, Manila y viceversa.

El día 17 de Octubre de 1883 saldrá de Liverpool el vapor correo VALENCIA (100. A. 1. LLOYD), Capitán D. Jaime Baztá, admitiendo pasajeros y carga.

Para informes, oficinas del Excmo. Sr. Marqués de Campo, calle del Cid, número 7, Madrid.

Para pasaje y fletes, dirigirse á los consignatarios en los puertos de escala.

AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillas, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el BAZAR DE SILLERÍA DE MADERA ENCORVADA de THONET hermanos, *Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.*

AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el segundo tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus Oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiéndolos también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India. Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal. Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4.

Privilegios de invención. — La siguiente estadística da una idea bastante aproximada de la importancia industrial de las primeras naciones de la tierra.

Lista del número de privilegios de invención concedidos en cada país durante el año de 1882:

Estados-Unidos de América	18.135
Francia	6.269
Inglaterra	6.241
Alemania	4.060
Bélgica	3.424
Austria	2.377
Canadá (América)	2.105
Italia	930
España	667
Suecia	440
Rusia	412
Dinamarca	307
Noruega	192
Brasil	80
Gran Ducado de Luxemburgo	65

Como se ve, las tres grandes potencias de Europa no reunieron tantos privilegios como la República americana.

Tinta para grabar el vidrio. — Se vende en América con el nombre de tinta diamante, y se emplea para escribir sobre el vidrio un producto que consta de:

Sulfato de barita	3 partes.
Fluoruro amónico	1 —
Acido sulfúrico	C. S.

resultando, que por la reacción de estas sustancias existe ácido fluorhídrico en suspensión en el sulfato de barita, y aquél ataca al vidrio.

Este líquido se conserva en frascos de cabida de unos ocho gramos de la tinta, recubiertos al exterior por un barniz de asfalto y al interior por una capa de cera virgen, y cerrados con tapones de cauchouc. Pueden también para embalaje usar frascos de gutapercha.

Tranvías aéreos. — La sencillez y lo elemental, unido á cierta insignificancia exterior, que contrasta notablemente con el inmenso interés de este sistema de comunicaciones, es lo primero que salta á la vista al contemplar los tenues alambres que, rodeando montes y valles, conducen pequeños cubos, en virtud, á veces, de la misma acción de la gravedad y sin necesidad de motor alguno, constituyendo así los llamados *tranvías aéreos*.

El distinguido Ingeniero Sr. Marco Martínez, acaba de publicar una notable monografía del tranvía aéreo que proyectó y dirigió en Triano hace poco tiempo para el servicio exclusivo de las minas que tanto abundan entre Somorrostro y Bilbao, y que pertenecen á la Compañía Franco-Belga.

Este sistema de transporte ofrece grandes ventajas cuando se trate de conducir cuerpos de fácil división, como minerales, tierras, ladrillos, tejas, etc., y, en su consecuencia, está llamado á generalizarse extraordinariamente en las minas, y en general en toda clase de obras de alguna importancia.

Describamos á grandes rasgos el tranvía aéreo, sistema *Hogdon*, que con tanto éxito construyó el citado ingeniero.

En puntos del terreno elegidos de antemano, se establecen apoyos ó caballetes de madera de 4 ó 5 metros de altura. Sobre la parte superior de los mismos se sitúan unos durmientes que, colocados en sentido transversal, como los caballetes, deben ser tan largos cuanto sea preciso, según el número de cables que, apareados, constituyen el elemento esencial de este medio de transporte.

A los extremos de la línea se fijan dos grandes poleas horizontales, cuyas gargantas están enlazadas con un cable de acero sinfín, ocasionando las dos líneas paralelas que forman el sistema. Como decíamos anteriormente, los caballetes serán tanto más anchos cuanto mayor sea el número de líneas que se deseen establecer. Ahora bien, si la polea de uno de los extremos recibe un movimiento de rotación, el cable será impulsado en sentido longitudinal, y si se cuelgan en él cubos, por ejemplo, éstos se moverán salvando cerros y cruzando valles, transportando así su contenido á distancia de algunos kilómetros. Es claro, que si una de las líneas se utiliza para hacer llegar los cubos llenos, la otra puede volverlos de vacío al punto de partida, y si la mina ó la fábrica está más alta que el embarcadero ó sitio del destino donde ha de ser transportado el material, bastará el propio peso de éste para que el tranvía marche sin motor alguno, resultando entonces un sistema sencillísimo de locomoción, y tan económico como pudiera desearse.

Desde luego que los detalles generales del procedimiento no pueden explicarse sin el auxilio de un grabado, como asimismo las maniobras para los cambios de rasante, y en los límites de la línea donde deben situarse obreros para realizar sencillas manipulaciones, ocasionando la conducción de materiales de una manera, al parecer insignificante, pero cuyos resultados, repetimos, son en realidad fabulosos.

Con esto basta para que nuestros lectores tengan un concepto claro de este sistema de transporte, que la Compañía Franco-Belga de Bilbao tiene establecido con el mejor éxito en sus minas de Triano.

ADVERTENCIAS

Suplicamos con vivo encarecimiento á los suscriptores que no hayan abonado el importe de su renovación, que lo hagan lo más pronto posible, porque se nos siguen graves perjuicios con los atrasos de la suscripción.

Cuando es tan fácil, al que no quiera continuar, devolver un número, nosotros creemos que todos los que lo reciben es porque permanecen siendo suscriptores. Por eso no suspendemos el envío del periódico. Los suscriptores deben corresponder á nuestra confianza con la puntualidad en las renovaciones.

Ya se han repartido á los suscriptores que hasta la fecha las han solicitado, las cubiertas

para encuadernar los tomos de LA ILUSTRACIÓN. Habiendo resultado algo más caras de lo que pensamos, ha sido preciso subir una peseta su precio. Se remitirán al precio de **cinco pesetas** cada juego de tapas. Por el buen gusto con que están hechas y por su solidez, compatible con la elegancia, bien puede asegurarse que son baratísimas.

Nosotros estamos satisfechos de haber interpretado el gusto de nuestros amigos.

El suplemento titulado *La Riqueza del Hogar*, revista de labores domésticas, que por **dos reales al mes** repartimos á los suscriptores de LA ILUSTRACIÓN, está dando un feliz resultado, lo cual nos anima para pensar en mejorarlo cuando la suscripción llegue al tipo que hemos calculado necesario para cubrir gastos.

Salen tres números al mes, llenos de grabados, y se reparten con LA ILUSTRACIÓN. De los seis primeros números de *La Riqueza del Hogar* no se ha podido hacer edición especial, de modo que tiene una cabeza distinta, bastante menos artística por cierto que la de nuestro suplemento.

Sin embargo, los suscriptores que deseen poseer esos números pueden avisarnos y los recibirán al mismo precio que el suplemento.

Perseveramos en la idea de mejorar este ensayo, si vemos que el público nos ayuda y nos favorecen, sobre todo, las madres de familia, á las cuales va dedicado.

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

TIPOGRAFIA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo *treinta y seis grandes columnas de texto*, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscriptores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid